



Rafael J. Pascual  
Andrés José Ortega  
Inmaculada Gómez Vera  
María José Vioque  
Antonio Illán  
Jesús Mateo Hernández  
Jesús Díaz Hernández  
Joaquín Carballido Parra  
Francisco Javier Reija Melchor  
José Blázquez  
Vanessa Jiménez Díaz  
Joaquín Copeiro  
Paco Morata  
Jesús Pino  
Valérie Christ  
Jesús Morata

Ilustraciones  
*José Morata*  
*Gustavo Romera Marcos*  
*Clara Fernández García*

# HERMES

Hermes VII, Toledo, 2009

Revista Literaria Estacional  
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:  
María Antonia Ricas y  
Jesús Pino

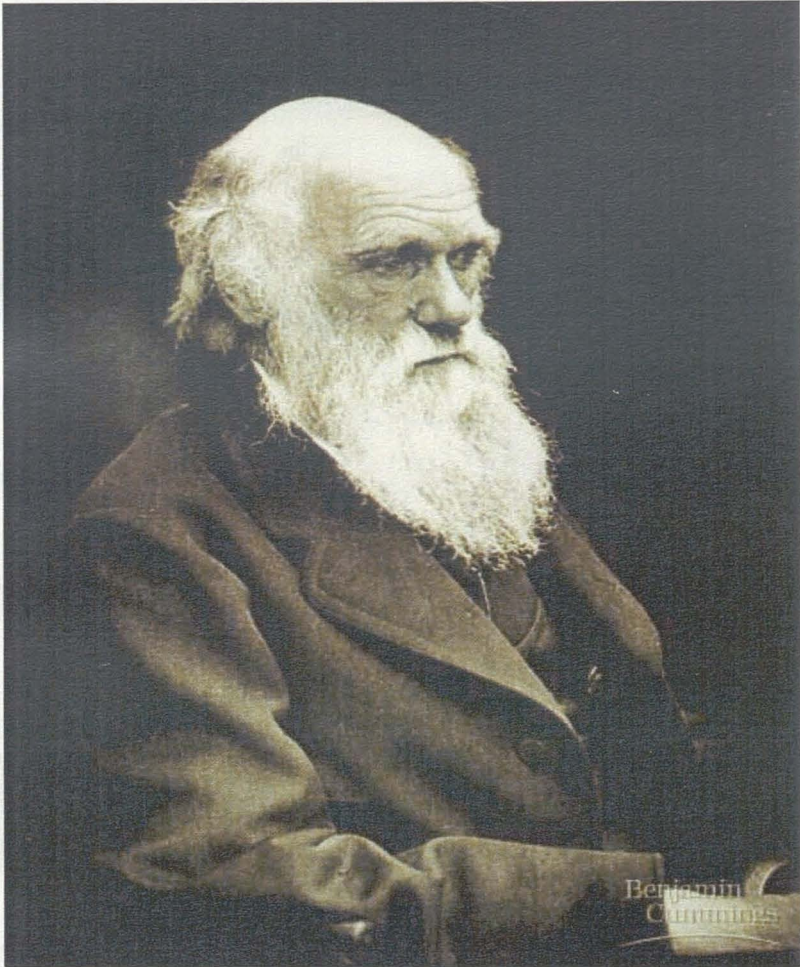
Edita: Círculo de Arte

Depósito Legal: TO-654-1995  
ISSN: 1135-4801





## HERMES 7



**REVISTA LITERARIA  
DEL CÍRCULO DE ARTE DE  
TOLEDO  
2009**

---

---

## **RAFAEL J. PASCUAL**

### *EL IDOLILLO*

*Para Susana y Jose: vosotros  
ya tenéis vuestro idolillo.*

Susana extendió el brazo y asió delicadamente el pequeño objeto que le tendía el viejo profesor. Lo tomó con esa especie de cuidado reverente que da la distancia de los años frente a cosas que se han querido mucho. No era sino un idolillo de barro cocido de reducidas dimensiones -cabía en la palma de la mano-, que había pertenecido sin duda al pequeño universo familiar religioso de la anciana civilización romana clásica: una exquisita muestra del mundo de los lares familiares. Estaba prácticamente intacto: su tamaño y la calidad visible de los pequeños detalles esculpidos lo hacían parecer frágil, pero la habilidad en el tallado de los rasgos duros y secos pseudo divinizados le daban un aire de inconfundi-

ble fortaleza. Lo acarició con suavidad unos instantes y dirigió su mirada interrogativa y fascinada al profesor.

- ¿Me has llamado por esto? -preguntó conociendo de sobra la respuesta.

- Pertenece seguramente al segundo período. El detalle en el trazado de los rasgos lo sugiere ¿Lo situas? -preguntó mesándose la barba corta y canosa como si evaluara ya la respuesta.

Susana volvió a mirar la figura con atención. Sonrió sugiriendo que podía hacerlo aproximadamente, y sus ojos volvieron a tomar los del profesor en un gesto de disculpa razonable por la falta de reflejos.

- Ha pasado algún tiempo -se excusó-. Pero es curioso: no he olvidado tantas cosas como había temido.

- Eso ya me lo imaginaba -dijo él acompañando sus palabras de una sonrisa triunfal- ¿Recuerdas las viejas excavaciones en el Sur; la pericia con que dabas a cada pequeña pieza su historia?

No respondió, y el silencio se hizo compañero de los dos por un instante. El profesor se sentó en un sillón frente a Susana. Entre ambos ardían con lentitud de perezosa criatura los troncos de la chimenea discreta y



hogareña, parecida en cierta forma a aquellas hogueras lejanas de los campamentos nocturnos. Se dibujaban las llamas como el colofón crepuscular de los días de calor y excavaciones, de las horas de esfuerzos infructuosos o de recompensas esperadas con pequeños hallazgos. Aquel mosaico tan hermoso... apenas una parte a resguardo bajo el polvo y la arena que lo cubrieron con los años. Sus pequeñas teselas sustentando aún los sencillos y coloridos trazos geométricos, algo empalidecidos con los años pero burlones al paso de los siglos.

Ella lo había encontrado y exultaba felicidad, como si hubiera hecho el maravilloso logro de hallar la civilización perdida bajo las piezas de aquel mosaico. Y después, como si de una celebración se tratara, el festejo de la noche en el campamento: los disfraces a guisa de las figuras trágicas y cómicas del teatro clásico latino, los bailes alrededor de la hoguera y las carcajadas.

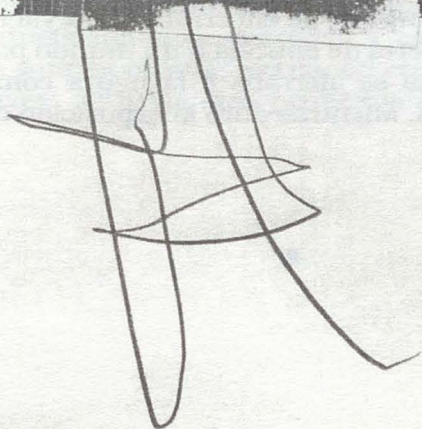
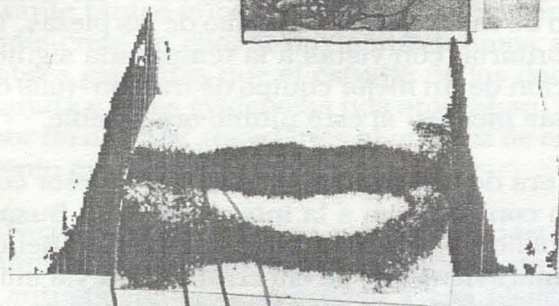
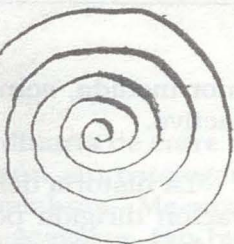
Y aquella coincidencia con Jose, tiempo antes, en la prospección; qué dos jóvenes excavadores, arqueólogos en potencia con ganas de disfrutar sus éxitos, conociéndose y comprendiéndose, atrayéndose en un mar diario de polvo, sudor y fatiga, en su mundo compartido de descubrimientos y primeros pasos.

Él era un hombre fuerte y culto, seguro, de rasgos atractivos, convincentes. Se había acercado mucho a ella,

y antes de regresar de la prospección aquel verano estaba claro que se querían. Volverían separados a sus distintos quehaceres en la facultad durante el invierno, pero ya no se separarían nunca, hasta su boda en Tiermes quince días antes de las calendas de mayo del año 2757 de la fundación de Roma. Tiermes... el yacimiento en que ella había trabajado tantas veces. Un recuerdo vivo de aquel sitio que mil satisfacciones le había dado. Tiempo después llevaría a Jose al yacimiento para que lo conociese.

Ese idolillo despertaba muchos recuerdos felices de su pasado: las piezas encontradas en varias excavaciones -las fibulas, la cerámica-, el duro proceso de aprendizaje en un mundo de conocimiento que había que ganarse poco a poco entre los compañeros, la rudeza de las condiciones de trabajo, los sueños de juventud.

Su viejo profesor en las excavaciones más importantes y en la facultad seguía hablando con el habitual ritmo pausado y detallista. Susana le prestaba atención mientras repasaba con cierta nostalgia de años el salón entrañable, cubierto de la pátina que da el cuidado intelectual del apasionado y erudito en su materia, y del sabor de las piezas recogidas a lo largo del tiempo -aquellas que por unas u otras razones habían encontrado su acomodo sobre las repisas-. En cierto modo, aunque en



Hervás

menor medida, como en su propio caso; pero él seguía en activo.

La historia del idolillo principiaba en la última excavación dirigida por el profesor. El yacimiento había sido descubierto recientemente -Susana y Jose habían seguido el tema a través de algunas revistas especializadas- por el equipo del Departamento de Arqueología. Aunque no se tratara de un hallazgo casual, sí había pillado un poco por sorpresa al equipo, que no esperaba encontrarlo exactamente en aquel emplazamiento. Apenas comenzada la excavación, tras los preparativos en la zona, habían comenzado a surgir una serie de piezas de tal valor y con tal fluidez, que se tomó la decisión de parar antes del fin de la temporada, con ánimo de que durante el invierno se pudiera desarrollar correctamente el trabajo de catalogación y estudio de las piezas. También se abordaría, con vistas a la temporada siguiente, la preparación de un mejor equipo de trabajo -más dotado y con más medios- si esto último era posible.

Aquí era donde las intenciones del profesor cobraban cuerpo con respecto a la intervención de Susana y Jose. El idolillo no era sino la representación del compendio de maravillas que se encerraba en el yacimiento descubierto: la puerta de entrada a un mundo pasado y fascinante. Susana se aferraba a la figura como si la sintiera parte de sí. Mientras duró la exposición del pro-

fesor no se atrevió a soltarla.

- Es, quizás, una pieza algo ordinaria de entre todas aquellas que hemos recogido: aún sin catalogar -dijo suavizando más el tono de sus palabras-. Me recordó en cuanto la vi aquel altar que excavaste, tan bien conservado, con todas las deidades alrededor formando un círculo casi perfecto: ¿recuerdas?

- Me alegro de que te hayas acordado de mí -respondió ella con una sonrisa sincera en el rostro.

- En realidad me he acordado de los dos: de ti y de Jose -su semblante adquirió un tinte severo-. Esta es una oportunidad única: el descubrimiento de un yacimiento romano que dejaría pequeños todos los demás. Si durante tantos años defendimos su existencia cuando nadie creía en ello, si nos empeñamos a pesar de las pobres garantías que el estudio de los documentos, la epigrafía y otras evidencias nos otorgaban, ahora que sale por fin a la luz, ¿quedaréis al margen de este descubrimiento que hago vuestro?

Susana guardó silencio, y era extraño en ella, mujer acostumbrada a la conversación, exultante sin coto cuando el entusiasmo la desbordaba. Y esa alegría saltaba desde la sonrisa misma, eterna, en ese rostro de facciones suaves: aquellos ojos pequeños llevando el ritmo

entero de su cuerpo. Su chispa y su vivo carácter no habían muerto, pues quien la conocía sabía que la acompañaban en todas las dimensiones de su vida. Pero aquello era tan inesperado: volvía a su vida de una forma tan violenta y sorprendente que la había dejado muda. En ocasiones le ocurría eso: ante una situación inesperada o chocante quedaba sin palabras, aunque destilara sin esfuerzo una sonrisa que provenía no sólo de sus labios, sino de todo su rostro. En esta ocasión sonrió también, y confesó abiertamente -hermosa sinceridad de que siempre hacía gala- que no sabía qué responder a aquello.

- Ya sé qué te preocupa. Comprendo que tu vida ahora es diferente: tienes que pensarlo. Y puesto que ambos estáis en idéntica situación por vuestras circunstancias, tal vez debierais tomar la decisión juntos.

- Tengo que hablar con él, claro, y no sé cómo va a reaccionar ante esta propuesta -se excusó.

- Susana -se dirigió a ella con una mirada confiada-, necesito gente en quien pueda confiar. No importa el tiempo transcurrido: lo que se fue ayer se sigue siendo hoy, y eso es lo que yo quiero de vosotros. Más allá de cualquier vieja amistad -se acercó a ella-, nunca os habría implicado si no os considerara imprescindibles.

Ella asintió indicando que sabía esto último con

certeza. Se fue haciendo tarde mientras comentaban algunos detalles y él contestaba sus preguntas. Recogió algunos papeles, se llevó unas cuantas fotos de las catas y el yacimiento, y fue a devolver el idolillo -que siempre había tenido cerca de sí- al profesor.

- Llévatelo -le dijo ante sus incrédulos ojos-. Enséñaselo a Jose y cuéntale todo con detalle. Yo sé que verlo le convencerá.

Se despidió y quedó en llamarle si finalmente aceptaban la propuesta. En caso contrario mandarían los documentos por correo y, de cualquier forma, el profesor enviaría a uno de sus ayudantes de confianza a buscar la figura.

Cuando salió a la calle hacía un frío extraño, casi invernal, a pesar de que estaban en abril y el tiempo había ido mejorando desde marzo. Por otra parte, no lo sentía demasiado: su cabeza estaba en otro sitio. Bullía la imaginación con las imágenes del yacimiento, las posibilidades de futuro en esa oportunidad y mil detalles y cuestiones que afloraban de la densa niebla del pensamiento. El entusiasmo empezaba a desbordarla ahora, como si saliese de un largo periodo narcotizante, cegando la visión de cualquier otra cosa a su alrededor. Una inesperada prisa por llegar a casa azuzaba sus pasos.

Llevaba el idolillo bien guardado en una funda de tela gruesa -para protegerlo- dentro del bolso, y aferraba este con más celo que nunca ante cualquier imprevisto que pudiese causar daño alguno a la figura. Cuando llegó a casa le abrazó el calor agradable del hogar habitado. Las luces estaban encendidas y Jose trajinaba en la cocina, donde ultimaba la cena. La mesa estaba ya puesta y se respiraba el amable y acogedor ambiente de las cosas preparadas para compensar las horas de un pesado día de trabajo. Al sonido de la puerta salió Jose secándose las manos mojadas. Sonrió a Susana y enseguida percibió su rostro iluminado.

- ¿Qué ocurre? -le preguntó-, ¿has hablado con él?

- Tengo que contarte esto-. Le condujo al pequeño sofá y sentándose junto a él comenzó por sacar la figura de su bolso y desenvolverla con cuidado. Cuando quedó al descubierto se la mostró a Jose.

- ¿Es de la excavación? -preguntó con cierto asombro.

Susana le relató los detalles y pormenores de que tenía conocimiento. Le comunicó la intención del profesor de integrarlos en su equipo de trabajo, y le hizo partícipe de su embelesamiento por el idolillo. Jose era más



templado que ella, y escuchó sus palabras con atención y aplomo. Recibió igual de bien la presencia de la figura que le dejó encantado. A decir verdad un entusiasmo más controlado, pero al fin y al cabo entusiasmo, le invadió.

Se aprestaron a consultar los documentos y las fotos que traía Susana. Pasaron un rato largo comentándolas, y estas trajeron consigo el interés natural por releer los artículos publicados sobre el yacimiento en las revistas. Como si los años que habían pasado hasta la fecha quedaran sepultados bajo un eco de antaño que volvía a hacerse presente, regresaron a aquel mundo de experiencias olvidadas e ilusiones de jóvenes arqueólogos. La campaña de la próxima temporada duraría todo el verano. Luego el trabajo de laboratorio para la identificación y clasificación de las piezas. Habría que pedir permiso en sus trabajos, pero ausentarse tanto tiempo... ¿cómo renunciar al trabajo con tantos gastos como tenían?

- ¿Le has dicho eso? -preguntó Jose haciéndole un gesto.

- No, ya lo haré.

- ¿Lo has pensado bien? No podemos precipitarnos.

Su próximo hijo era otra cuestión; un momento complicado y muchas cosas en riesgo para aventurarse ahora en esa empresa. Apenas unos segundos de frío análisis fueron suficientemente esclarecedores acerca de la viabilidad del proyecto. Habían elegido en su momento el camino que querían seguir juntos. Alrededor de ese eje giraba una nueva etapa de su vida. El mundo de los estudios, la arqueología y su dedicación a la Historia habían quedado en otro contexto; hermoso y nostálgico, mantenido aún por las lecturas y el nexo de unión que los había juntado, pero no prioritario.

Colocaron el idolillo sobre una repisa del mueble, mientras trataban de rescatar, sentados a la mesa, siempre frente a su imagen, lo que se había salvado de una cena helada. Durante todo este tiempo no dejaron de observar la figurilla: era una puerta a otro mundo que les atraía insistentemente, pero también un objeto alrededor del cual se ordenaban todas las cosas que habían ido consiguiendo en varios años de trabajo y convivencia.

En el marco de aquella vida juntos habían ido elaborando sus proyectos de grandeza, como la pequeña colección de libros de arqueología sobre civilizaciones del Mediterráneo: tenían toda una vida para buscar y seleccionar las obras, hacerlas encajar dentro del conjunto de criterios comúnmente decididos para la formación de

su biblioteca... pequeños grandes proyectos para hacer la vida. Y ahora su hijo, ya en camino y pendiente de atenciones por muchos años. Cosas muy difíciles de casar bien con aquello, aunque el idolillo les siguiera mirando atentamente e hiciera mil promesas.

Los ánimos habían decaído un poco, y pareció que el peso de un proyecto que había hecho demasiados kilómetros desde la salida caía a plomo sobre la casa. Jose propuso discutirlo con más tranquilidad al día siguiente, y se levantó de la mesa para quitar los restos de la cena y recoger. Susana se levantó a ayudarlo, y cuando hubieron terminado se despidió de su marido, que se iba a dormir para poder coger un sueño que le permitiera aguantar en el trabajo. Ella se quedó unos instantes sentada en el sofá.

El silencio -buen compañero de discusión- llenó todos los rincones. A pesar de su cansancio, aprovechó para tratar de poner las ideas en orden. Eran muchas cosas a tener en cuenta, quizás incluso detalles que podían escapárseles a ambos. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de consultar el tema con su hermana Yolanda, o con sus padres. Siempre un juicio amigo ayudaría a ver más claro, aunque decidió meditarlo más tranquilamente.

En aquel silencio tan estimado para pensar un poco

se fueron perfilando con fuerza los motivos para tomar una u otra decisión. Como testigos mudos a su alrededor, las circunstancias de su vida actual vinieron a pedirle explicaciones. Todo estaba allí; la pequeña biblioteca en que habían invertido tantas tardes, los planes de futuro -que eran parte de ese presente-, un traslado de residencia... y su hijo, también presente en aquel mismo momento.

A pesar de sus guiños y complicidades, los esfuerzos del idollito eran aplastados por esa presencia incontestable de las cosas que hacían la vida de ambos. Seguía ejerciendo una atracción indescriptible sobre su imaginación, pero no podía competir con el tiempo pasado y las elecciones hechas. No era imposible que condicionara aún los días por llegar. Podía provocar, si consentían, un cambio absoluto en su dinámica diaria y en su futuro. De lo que realmente se trataba era del precio del cambio, de las consecuencias y aun de las responsabilidades contraídas, sobre todo con la próxima llegada de su primer hijo

.Por unos instantes sobrevino en ella una sombra de honda tristeza, sentida y profunda, hecha a la medida de la pérdida de algo que había sido en un tiempo tan querido. Era, no obstante, una tristeza nostálgica, casi indolora, y por la naturaleza de ese sentimiento creyó saber por qué opción decantarse finalmente.

- Mañana le preguntaré a Jose -dijo en voz alta como si alguna de las cosas que le rodeaban, o el idolillo mismo, pudieran darle réplica.

Se levantó del sofá y fue apagando las luces sin dejar de sentirse seguida por la mirada escrutadora de la figura. Mientras se dirigía al baño y se desvestía, dispuesta a dejarse tomar por el sueño, pensaba brevemente en los pasos a seguir para olvidar aquella historia. A lo largo de la semana enviaría por correo los papeles y documentos para devolverlos a su dueño. En cuanto al idolillo, esperarían a que enviaran a por él: en tan poco tiempo se había encariñado con aquella figurilla. No le hubiera disgustado retenerla para siempre sobre la repisa, y por lo que yo sé, todavía ahora, muchos años después de aquello, continúa allí, en lo que creo un hermoso gesto de reconocimiento del viejo profesor en atención a dos exitosos arqueólogos.

---

## **ANDRÉS JOSÉ ORTEGA**

### *otro poema adolescente*

En Valencia,  
donde el tranvía te lleva a la malvarrosa,  
en el barrio del Carmen entre frescas callejuelas  
tuve yo mi domicilio

Llegué una tarde septembrina  
con las maletas cargadas  
y en un coche rojo  
a la planta segunda de esta casa  
a la que dio nombre un fusilado  
y donde una parte de mi se queda.

Allí es donde comenzó la carrera de mi vida,  
entre libros y risas,  
entre paredes azules y rosas,  
entre compañeros también estudiantes

compartiendo habitaciones numeradas  
como jaulas de oro.

Allí queda una parte del alma  
de aquel profesor de Guatemala  
y de aquel otro argentino,  
De chicos con madera que se quemaban  
Y de otros escondidos tras los pupitres,  
de una chica de Bilbao  
y de americanos como los que retrató Cuerda,  
de un físico aficionado a Vinicius  
y de un vecino de Denia.

También había un patio donde queda mi voz incesante,  
la incesante vibración de unas cuerdas,  
ese patio que me vio cruzar enmascarado en la noche,  
el mismo que un día me dio la bienvenida,  
y otro,  
con las maletas menguadas y taciturno,  
me despidiera al salir.

*Río escondido, río de lobos.*

Siento ahora ese primitivo miedo,  
vestigio animal que nos conforma,  
al tiempo que se descongela una parte  
de mí que a lo lejos dormitaba.

Y ha sido contigo que tantas veces  
hablé amistosamente con quien  
despertó en mí la lejana niñez  
cargada de matices

Pensé que al regreso, en la frontera,  
me despegaría de aquel onírico y  
doliente compañero de viaje, pero  
no acerté en mi sencilla predicción,  
y el amor con cuerpo de mujer no  
quedó en el camino, sino que me  
acompañó hasta aquí, hasta este  
miércoles y este parque desde  
donde ahora unos versos te escribo.



*Señales de humo.*

«No me hagas señales de humo,  
La afirmación no la distingo de la negación en ese lenguaje;  
Y no sé si voy ganando, o perdiendo»

«Mejor acércate a mí hasta no verme,  
en la oscuridad del beso descubrirás mi voz,  
se irán las palabras, de la mano, a pasear con el viento»

Todo esto te diré cuando regrese la primavera,  
Entonces, saldré de mi escondite,  
La providencia me ayudará a cruzarme contigo.

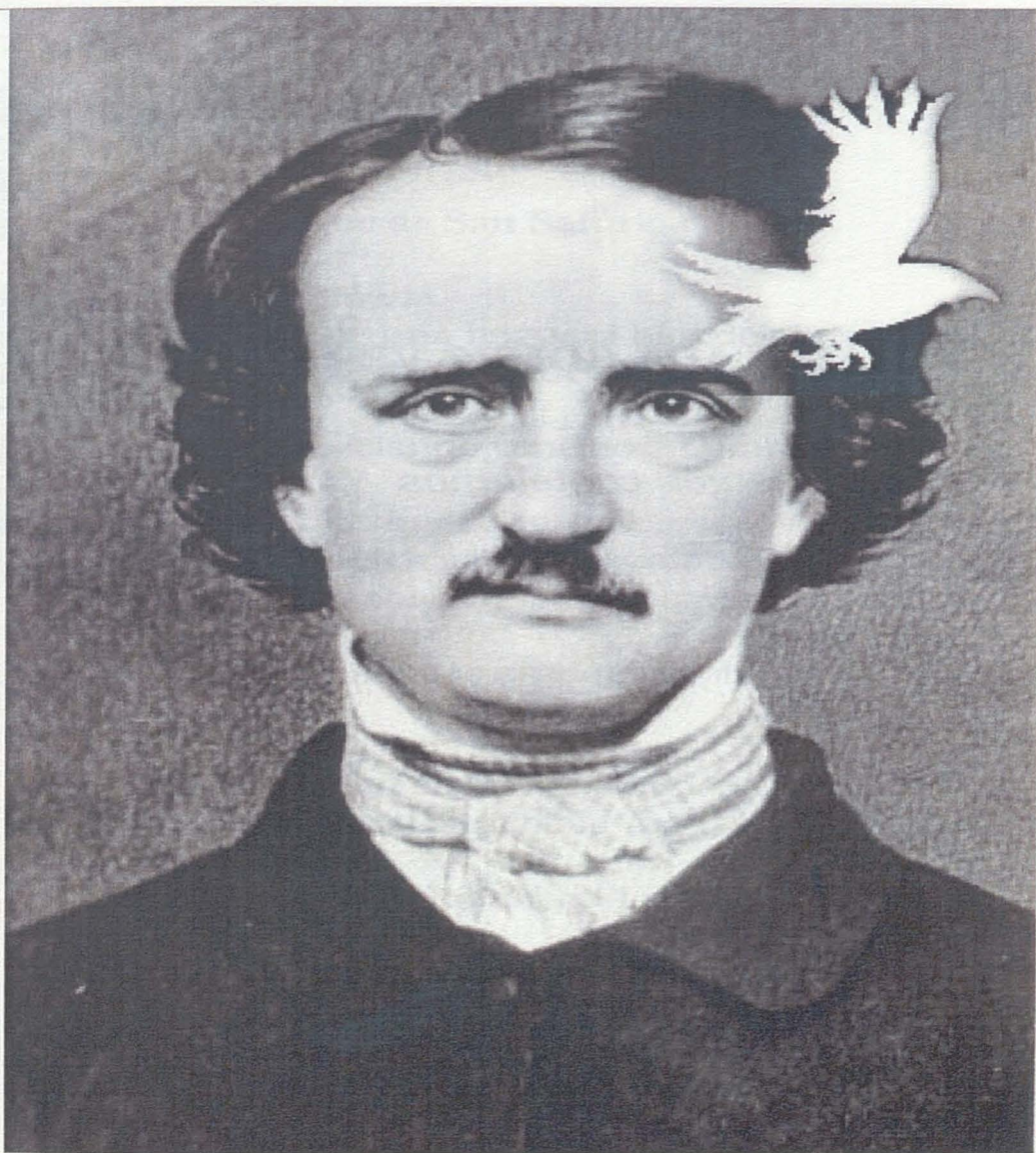
Un jardín, una calle, una ciudad lejana,  
Un país extraño, un mundo muy pequeño,  
Cualquier lugar es bueno,  
Si se trata de encontrarnos.

Cuando eso ocurra te invitaré a pasear,  
Nos comeremos un helado,  
Camino de un banco propondré que hablemos,  
Te diré lo de las señales de humo,  
Y si todo sale bien, llegará el beso.

*Little Martha*

La canción de Allman brothers, Little Martha,  
Me trae un amor desde el baúl del recuerdo,  
Empolillado por no haber sabido conservar como es debido  
A una mujer que se convirtió en tormenta,  
Que inspiró la nota que ahora sale del fondo del cajón  
[diciendo:

«Desde la cercanía del lecho común  
La veo como a una sirena con largos cabellos  
Que tras dar las buenas noches  
Se gira pareciendo sumergirse en la cómoda oscuridad  
En busca de sueños por los que naufragar  
Hasta la mañana siguiente.  
No puedo impedir encender de nuevo la lámpara  
Y escribir esta noche esta nota  
que en el fondo del cajón descansará,  
Hasta la mañana siguiente»



---

## **INMACULADA GÓMEZ VERA**

### *otros paisajes castellanos*

La araña abandona su red y, como Penélope,  
espera al viajero en esta morada caliza, ciudad  
biencantada,  
abrevadero de luminosas sábanas tendidas entre dos  
márgenes.

Un manto henchido, pleno de fuerza y sabiduría,  
que no desplegará hasta que la plata de la fidelidad  
sea eclipsada,  
abraza su cuerpo blindándolo a la añoranza.

Sus caminos, viaductos de estrellas dirigidos por  
orugas en tropel,  
hablan de rutas marcadas por hojas de enebros  
y castaños que fueron excusa para la contienda de  
ángeles cruzados al galope,

y que, en esta tarde, despliegan sus alas  
a un caminante que espera reencontrarse con la  
plenitud  
de una luna en la noche de San Saturio.

Tierra de sangre germinada.  
La inmemorial ascua de una hoguera blanda la piedra  
conquistada a la espera de que nuevos ángeles de  
consolación  
cruen sus márgenes dejando vencido su plumaje en  
los sauces,  
en memoria de todos los que le cantaron  
y gozaron de su esplendor extremo y duro.

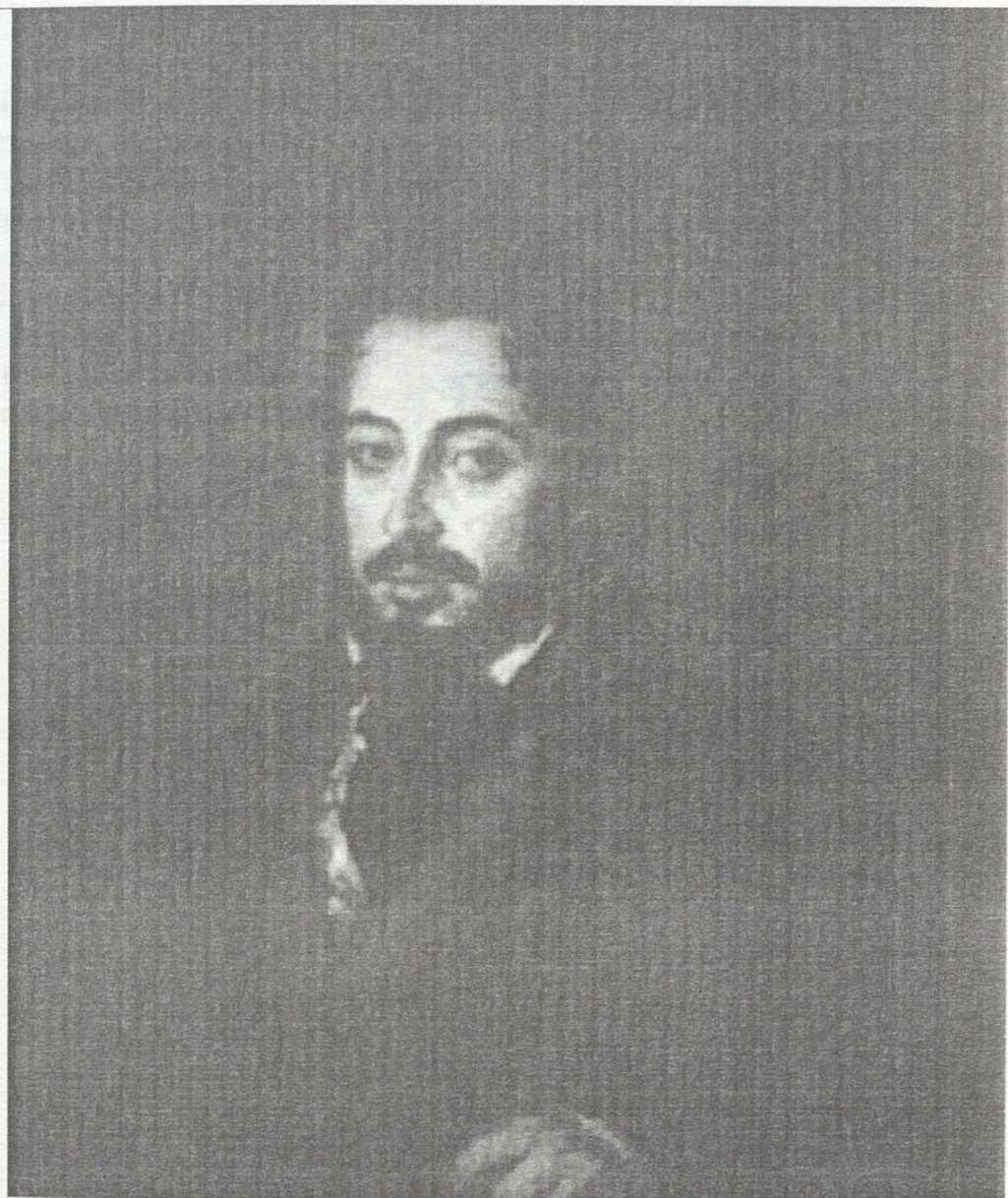
*verdades*

Hay quien construye verdades, ¿lo sabías?  
Construye verdades como un tejido vírico,  
contagiosas y repugnantes.

La certeza de una verdad,  
fino manto de la duna que ciega  
al caer sobre un corazón ansioso,  
agazapada en el vértice de una boca,  
espera el momento para salpicar la alharaca perfumada.

Verdad, certera o espúrea,  
que invade como una niebla el alumbro de un espejo  
para asegurarnos  
la probabilidad de que por allí ha pasado un cometa,  
mientras nosotros mirábamos,  
descuidados, la porcelana blanca.

Falacia irreconocible de lenguaraces cuerdas,  
vocales que escrutan en la fauna prehistórica  
cuando la flema emana volcánicamente,  
y se obligan a compartir el pozo de leguminosa lava  
en el pecho de un parsimonioso fumador de savias.  
Certeza... la verdad más falsa.



---

## **MARÍA JOSÉ VIOQUE**

### *Caminando*

Aquí estoy,  
ya sé que no me ves  
tan sólo tus recuerdos  
arreglaban mi pensamiento  
mientras mi yo se abandonaba.

No sé si la tristeza  
es mayor que mi alegría  
ni sé aún sonreír,  
solo miro de re-ojo  
y cedo.

Vuelvo, in-consciente, veo en ti  
aquel sol que un día me abrasó.  
¿por qué tuve que mirar aquellos ojos?



Aquí estoy,  
aprendiendo a ser  
acariciando mi ser,  
ilusionando-me.

Y aún así no estoy herida,  
solo camino,  
con un solo camino.  
Aunque ahora me veas.



---

## **ANTONIO ILLÁN**

### *la caricia no adormece*

Acaso en un minuto  
quepa un sueño...  
¡que no se acabe  
y se concrete un suspiro!

Me leíste con una voz entre sonrisas  
un poema de Guillén del que recuerdo  
uno de sus versos, aquel que decía:  
«La caricia adormece».

No es cierto del todo, pues mi adormecer  
es despertar a tu silencio,  
a tu región transparente,  
a tu cuerpo tan remoto y tan mío,  
al remanso de nuestro amor suave

que se abandona en las tranquilas  
olas del mar de la vida.

Acaso en un minuto  
quepa un sueño...  
¡que no se acabe  
y se concrete un suspiro!...  
y la huida que lucha contra el miedo  
me lleve a ti, a la costumbre de tu cuerpo...  
y el rayo incierto del sol  
no será sueño ni suspiro,  
serás tú resplandeciente...

### *fascinación del amor*

Hay días en que el amor se entreteje  
con una compleja textura  
de hilos muy diversos:  
la imaginación, el mito, el sexo,  
la cultura, la experiencia  
suave que te da la vida.  
Qué quiero decir y qué te digo,  
cuando mi boca frente a ti  
deja en el aire un «te amo»  
y una sonrisa leve se adivina  
en tus ojos y en tus labios.  
Es cierto, el amor está en mi cuerpo,

en el corazón, decimos, y precede a la palabra,  
pero también está en mi mente,  
en lo que imagino, en lo que pienso  
y, por tanto, en el lenguaje  
con que expreso lo que siento.  
Amor sublime o deseo infame...  
diálogo, diálogo, diálogo,  
comunicación para buscar los momentos felices  
en los que la plenitud del cuerpo y del alma se encuentran.  
En cada «te amo» se esconde, se expande y se encuentra  
lo sagrado y lo profano, lo mitológico y lo sexual,  
la experiencia mística que se hace carne  
en la relación de amor contigo  
en un vivir que renace sin cesar  
en la fascinación de la mirada  
y los alientos alma que se funden en el beso.  
Hay días en que el amor se entreteje  
con una compleja textura  
de hilos muy diversos, es verdad.  
Y es verdad también que las palabras de amor  
van seguidas de silencios de amor que las sustancian  
se hacen poesía porque el amor es la poesía de la vida  
que vivimos tan llena de prosa.  
Tu verdad y mi verdad en el espejo permanente que somos  
me fascina.

---

## **JESÚS MATEO HERNÁNDEZ**

*daremos con aquello que buscamos?*

Del hilo de Ariadna penden nudos  
que ramales semejan, laberinto.  
Por donde tire sale lo que pinto,  
y nunca es oro: dédalo de mudos.

Si busco en cierta altura, hallo escudos;  
bajo tierra, gusanos de lo extinto.  
Semejante hondura abrirá el precinto:  
peldaño tras peldaño, peliagudos  
recintos de «irás-no volverás».  
En eso estamos. Todos embarcados;  
pegando hebra, tirando por tirar.



Me veré en la ribera de tu entraña  
emancipando la mía con verdad cuando  
lo quieras.

Sólo basta que invente tu figura  
el mejor paraíso para ambos.

Es decir: situación recíproca,  
favorable empeño de bondad interesada  
habitando en dos mundos de frente siempre amable.

La disputa de cuerpos que sea abiertamente,  
con principio de amor llegando lejos.

No basta la pasión.

El alma que no aguanta  
su cuerpo,  
bien mata la hermosura  
que tiernamente se ciñe a la verdad  
de amor eterno.



---

**JESÚS DÍAZ HERNÁNDEZ**

*y desearás la muerte*

¿Puede el amor destrozar una vida?  
¿Puede la vida destrozar un amor?

Elegiste el camino equivocado,  
aquel que lleva a la razón,  
en el amor: puro desatino,  
pues es la locura quien manda.

¿Qué hiciste para entrar en la cordura?  
si el corazón no te dejaba.  
Que destrozo de pasión.  
Que vida más placentera.

Ahora ya sabes donde estoy:  
Compartiendo manicomio con mi alma,

reducido a cenizas impolutas  
en una urna invisible  
desde donde te veo reír,  
de miedo.

Has perdido tu dignidad  
para ganar la vida,  
(Amor, vuela lejos de aquí).  
Ahora sólo te queda esperar,  
esperar ese momento  
en que desearas la muerte.

El amor está en ti  
-te dije una vez-,  
pero lo has matado.

### *olvido*

Se me acaba la vida,  
pero no para morir,  
que todo llegará,  
Si no para ser.  
Que estoy pero no siento,  
que siento que no soy.  
Sin estar, ¿hay diferencia?  
llegar, salir, entrar,

perderse en uno mismo  
y no volver.

Y, sin morir, padecer un no sufrir,  
dejar todo atrás,  
o más allá.  
Olvidar,  
o ser olvidado.

### *mentimos*

Al alba,  
cuando nos dio el primer rayo de sol  
preguntaste a la luna: «¿Por qué mentimos?»  
Y de esta, antes de esconderse,  
la respuesta surgió:

«Mentimos, a veces, para evitar herir,  
Otras, mentimos, para burlar,  
Algunas más, mentimos para soñar,  
Pero mentimos, casi siempre, para no sufrir.»

«¿Y ellos?»  
«Ellos, mi amor, mienten para vivir»

*el sueño de priapo*

Sueño mi deseo  
como una noche iluminada de pasión  
pues no hay oscuridad  
que me pervierta el sentir.  
Y como un depredador,  
que ataca por su naturaleza inmune,  
yo me muevo por las ansias  
de un Priapo redentor  
de naturaleza cristalina.  
Es ella, la naturaleza, quien me actúa  
pero es el amor, no lo dudes,  
quien me guía,  
pues mi pasión, aunque ardiente de envidia,  
es generosa en sentimientos.  
Amar es la palabra divina  
que nos dejó Eros en su lecho.  
No cierres tu vocabulario  
a palabra tan hermosa  
pues ¿qué otra cosa se puede  
esperar de amar?  
Si no consumir nuestra naturaleza.

*odio*

Vienes de robledal,  
palabra dura,  
más de roca que madera,  
aislado en el terruño  
sin esperanza de partida.  
Asomado a las nubes grises  
que ansían la tormenta,  
adivinando la salida de la luna,  
cerrado a cal y canto,  
cal viva quemando cantos.  
Palabras: las justas,  
no hay más  
y no hay quien las escuche.  
Mal genio,  
genio de la botella  
que guardas en la alacena,  
más muerto que vivo  
viviendo hasta la eternidad.  
Ya no hablas por ti mismo,  
hablas por otros.  
No distingues verdad de mentira,  
no te distingues a ti mismo.  
En la madrugada,  
cuando surge el nuevo día,  
no es nuevo,

es el mismo de siempre,  
que no se le ocurra ser nuevo.  
Todo es tan viejo  
como el odio en tus entrañas.

*alejarme de ti*

Siento la palabra dada  
con la pasión de una causa justa  
pero olvidarla ya no me asusta  
pues la he visto de nudos desatada.

Confíe en ti y en esa adusta  
manera de mirarme confiada.  
Amor era la palabra pactada,  
peor que el borde de una fusta.

Alejarme de ti anhelo,  
has perdido el brillo de tus ojos  
me asusta el roce de tu pelo.

Al mirarte ya no me sonrojo,  
ha caído sobre mí un velo.  
De las rosas, he deshecho el manojito.

*condena*

La sangre se diluye en el agua  
tibia de calores sombríos.  
Un ligero corte basta  
para ver el brote de los fluídos  
rojos de pasión.  
Sino hiciste sino lo justo,  
Si solo defendiste la verdad.

Teñida el agua de carmesí,  
suspiras por tu vida  
que abandona el bosque  
de tilos y sabinas  
donde ya pasearás eternamente.  
La cueva se vuelve oscura  
y pare arroyos de vida eterna  
para los que, como tu,  
se fueron.

A los que te condenaron,  
tu le has condenado:  
al llanto de las lamentaciones,  
al horror de las pesadillas.  
Más vendrán que te añorarán,  
más recorrerán los caminos  
que tu abriste,  
pero nadie te imitará

pues tu rectitud es de otro tiempo,  
de un mundo donde la luz  
deshace la penumbra  
en rayos de perdón,  
donde la lluvia  
alimenta las almas  
que pasean su desamor.

La noche ha llegado,  
el día es solo recuerdo.



---

## **JOAQUÍN CARBALLIDO PARRA**

*de leche y miel*

*El demonio se  
agita a mi lado  
sin cesar*

**Charles Baudelaire**

ABRO la puerta del cuarto  
como quien abre una celda.  
Ni la imaginación sabe suplir ya tu ausencia.  
Tirado en la cama, solo,  
cumpla mi condena.

\*

TODA tu agua me pertenece.

¡No llores!

\*

EL AMOR puede ser una mentira. La más grande y hermosa mentira que el hombre haya inventado. Pero el deseo nos inventa a nosotros, a ti y a mí, en verdad y en cuerpo.

\*

NO SOY más que un recolector de soledades.

Sin casa, ni cama, ni patria.

Errático voy pasando de un cuerpo a otro, de una  
/soledad a otra.

Y ahora llego a ti, cargado de tiempo, en sombra, mendigando limosnas de luz o mentiras sinceras.

No soy más de lo que soy y no llega.

\*

MI CUERPO en el tuyo.

Leche y miel.

---

**FRANCISCO JAVIER REIJA MELCHOR**

*aguja de navegar por los ríos de borneo*

*Homenaje a George Trakl y a Francisco Hernández*

Todos los ángeles de Borneo navegan río abajo  
en barcas informes, movidos por tu  
entrecortada  
respiración.  
Navegan por encima de las aguas arrugadas del Rajang  
bogan,  
vuelan,  
ascienden entre los alaridos de los orangutanes  
y los cantos de los gallos decapitados.  
La barca navega por tus venas azules,  
por tus bronquios siderales,  
loca, lejana.



ROSA INCLINADA  
sobre el borde del vaso:  
Huyes del agua y de tu extensión.  
Oyes la música  
que te lleva a la muerte.

Afuera, junto a un charco,  
pílan dos gorriones.

---

## **JOSE BLÁZQUEZ**

*Oración  
a Beatriz González*

Deste xeito cómpre vagar  
deste xeito maino  
volverei  
Dende o ceo ao inferno  
dende a Lúa ata as mesmas entrañas do mar

Xerminará a espiga dourada  
volverei a ti  
Séculos de sede e fame  
de ansiedade  
de loucura e tolemia

Deste xeito cómpre patear a terra que piso  
corredoiras de vida

autovías da morte  
Deste xeito volverei a ti  
amante dos meus soños  
amante da miña vida

Partirei cando o estime  
cando lembre por que quero fuxir deste o meu corazón  
de xeo  
desta miña vida cega  
Desfeito inhóspito  
penuria atroz  
Volverei sempre que esteas disposto a sorrir  
a bicar a miña pel  
a soste un pulso cos meus ollos  
a bicar os meus beizos

Dende calquera recuncho do meu espacio  
o espacio que conforto  
que sinto  
Dende calquera recuncho  
lúcido ou escuro  
volvo sempre

Dende os soños ata os espertares  
dende a noite ao día  
dende a nenez ao fin da vida  
Dende calquera recuncho

atoparei a tolemia necesaria para seguir sendo eu

Lóstregos de luz  
de auga  
de vento  
Miserentos espacios de alcatrán  
de esperas e de présas  
Miserento e decaído progreso  
Berrar soños de amor!  
Os plácidos cánticos do desexo  
os ansiados roces da carne  
o sentimento das caricias cun suave perfume que me  
lembra a ti  
Lenzo que cubre ao sono sen soños  
Berra sabia rebeldía!  
Dos sons triunfantes das pedras  
das prazas  
das rúas vellas...  
Berra sabia Natureza!  
Chora zume novo!  
Destilada sobriedade de amantes  
de amadores  
de amorosos aromas  
de sortilexios  
Harmónicos prantos salubres  
Chora Natureza!  
Sementa en coitos inesquecibles  
desexos de sonatas con violíns



Reza unha oración  
e espértanos nun bosque de bidueras  
de chopos  
de carballos...  
Como gnomos  
como estrelas penduradas por raios de luz  
como herba mirando ao ceo  
Reza unha oración sinxela  
que eu penso volver.\*

\* Oración

De esta maneira es necesario vagar / de esta maneira tranquila / volveré / Desde el cielo al infierno / desde la Luna hasta las mismas entrañas del mar // Germinará la espiga dorada / volveré a ti / Siglos se sed y hambre / de ansiedad / de locura y barbarie // De esta manera es necesario patear la tierra que piso / caminos de vida / autovías de muerte / De esta manera volveré a ti / amante de mis sueños / amante de mi vida // Partiré cuando lo estime / cuando recuerde por qué quiero huir de este mi corazón de hielo / de esta mi vida ciega / deshecho, inhóspito / penuria atroz / Volveré siempre que estés dispuesto a sonreír / a besar mi piel / a sostener un pulso con mis ojos / a besar mis labios // Desde cualquier rincón de mi espacio / el espacio que conforto / que siento / Desde cualquier rincón / lúcido u oscuro / vuelvo siempre // Desde los sueños hasta los despertares / desde la noche al día / desde la niñez al fin de la vida / Desde cualquier rincón / encontraré la locura necesaria para seguir siendo yo // Relámpago de luz / de agua / de viento / Miserables espacios de alquitrán / de esperas y de prisas / Miserable y decaído progreso / ¡Gritar sueños de amor! / Los plácidos cánticos del deseo / los anidados roces de la carne / el sentimiento de las caricias con un suave perfume que me recuerda a ti / Lienzo que cubre a sueño

sin sueños / ¡Grita sabia rebeldía! / De los sonidos triunfantes de las  
piedras / de las plazas / de las calles viejas... / ¡Grita sabia Naturale-  
za! / ¡Llora zumo nuevo! / Destila sobriedad de amantes / de amadores  
/ de amorosos aromas / de sortilegios / Harmónicos llantos salubres  
/ ¡Llora Naturaleza! / Simienta en coitos inolvidables / deseos de  
sonatas con violines / Reza una oración / y despiértanos en un bos-  
que de abedules / de chopos / de robles... / Como gnomos / como  
estrellas sostenidas por rayos de luz / como hierba mirando al cielo /  
Reza una oración sencilla / que yo pienso volver.

---

## VANESSA JIMÉNEZ GARCÍA

### *el hombre*

Aquella mujer era una mujer honrada. Como todos los seres humanos había tomado decisiones equivocadas, pero casi todo el tiempo se regía por una ley que ya pocos conocían o respetaban: la de ser buena persona, esa que su padre desde la más tierna infancia inculcó en ella y en sus hermanos.

La última vez que amó en su vida fue aquella noche. Era un tiempo cálido, de verano y pensó que de entre todos los días ese era un buen día para morir. Quizá no fuera una de las buenas decisiones, pero hacía mucho tiempo que no decidía nada y es muy posible que no hubiera podido decidir otra cosa.

En otro tiempo poseyó un alma poderosa, la que le habían enseñado Keats, Verlaine, Cernuda, Sylvia Plath, Las mil y una noches en edición de Calleja y sus propias

lágrimas en noches cálidas de verano como esa. Era un alma que no se asentaba en lo real, un alma que soñaba, aun cuando la miseria acechaba en cada instante...Fumaba mirando la calle tranquila, la insobornable lentitud de la noche que todo lo duerme, y recordaba los más lejanos días de esa alma.

En el cuarto de arriba, ajeno por completo a la decisión de morir que ella había tomado dormía el hombre. El hombre era un hombre sencillo, también era bueno, pero había olvidado hacía mucho las cosas que no olvidan los niños. Era un hombre trabajador y muy hábil, un hombre que a veces daba todo lo que tenía a favor de ayudarla, pero al que la edad adulta y las historias que todos los hombres pasan, le habían puesto muy lejos las estrellas, tanto que solo las miraba muy de reojo en alguna noche cálida de verano como esa. Al hombre a veces le exasperaba mucho la mujer. Porque la mujer hacía cosas de niños, y no le gustaba, reclamaba su atención como un vampiro mocosos y persistente y el hombre no quería a los vampiros mocosos y persistentes. En cambio sí le gustaban la mujeres guapas, las mujeres muy trabajadoras, las mujeres que hablan despacio y silabeando y mucho más que nada las mujeres cuerdas. Lo cierto es que la suya era insoportable, solicitaba siempre muestras de cariño, como los vampiros mocosos que él odiaba, y creía en cosas que no existían...Lo que más le preocupaba al hombre era la idea absurda de creer en los milagros, y de esperarlos como se espera a que llueva

o al autobús 6 en la parada de la esquina. Esa idea la tenía mucho su mujer y además insistía mucho en querer tenerla y en que él también la tuviera.

Ese mismo día la mujer lo había intentado de nuevo, aunque estaba muy cansada y triste, porque no era cuerda, y eso no hacía feliz al hombre y eso a su vez no la hacía feliz a ella. Pero lo había intentado. Dejó un bonito sobre púrpura con una carta también púrpura en la que contaba cosas para intentar ser cuerda como el hombre, pero que resultó ser un compendio oculto de conjuros, de invocaciones a milagros. El hombre la leyó mientras ella estaba en el trabajo, y no picó el anzuelo. El hombre era un hombre listo. Ella en cambio no lo sabía y empezó a imaginar que el hombre la había leído y mandaba entonces una paloma mensajera con otra carta púrpura de semejante contenido a la suya, y también lo vio llegar en un coche azul cielo y tocando una bocina antigua (no es necesario decir que ese coche no existía). Cuando entendió que eso no llegaba, imaginó que estaba todo en casa. Pensó que llegaría y habría un torbellino de minúsculas partículas doradas entrando por las ventanas y también muchas flores de nuevo azules en el sofá con una gran tarta de chocolate en forma de corazón que decía «te quiero tanto...» (los puntos suspensivos serían cerezas). Regresó y eso no estaba. Esperó en la cama ebria de deseos absurdos e infantiles a que él llegara, porque su regreso habría de traer algo bueno. En cambio, el hombre llegó y vio la tele. Estaba

cansado. Su jornada era dura y la obsesión de la mujer y sus milagros le había provocado tensión y aún más cansancio. Pronto decidió acostarse. La mujer durante ese tiempo estuvo muy callada. Quería ser buena persona y además quería ser cuerda, así que estuvo callada. Cuando el hombre se durmió a su lado la mujer empezó a sentir un extraño picor en la planta del pie derecho y se levantó y fue a la sala.

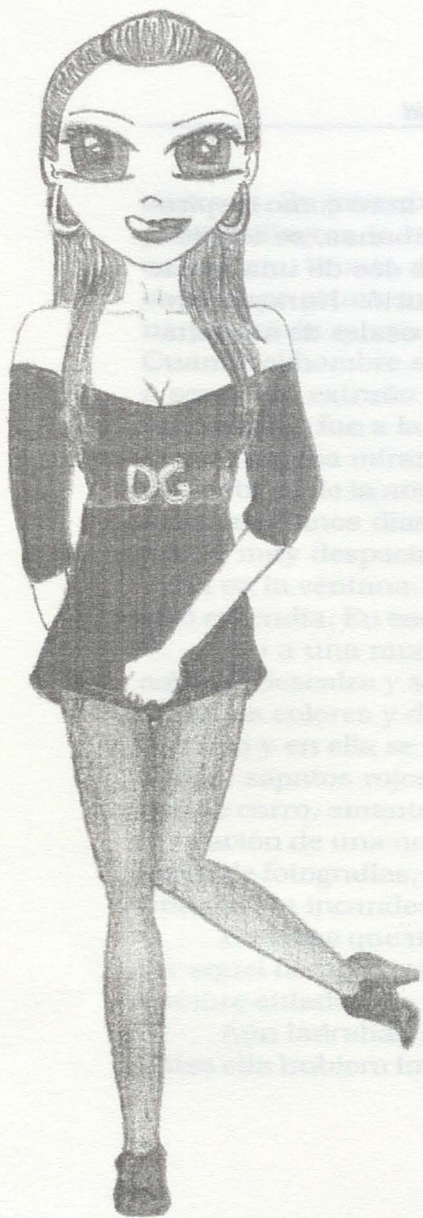
Fumaba mirando la calle tranquila, la insobornable lentitud de la noche que todo lo duerme, y recordaba los más lejanos días de esa alma. Entonces escuchó el viento muy despacio entre las hojas de los rosales que tenía en la ventana, creyó que le hablaba y esperó a ver si lo entendía. En ese preciso momento tomó la decisión.

Vio a una muchacha andar por el mar descalza y sobre él descalza y se perdió. Vio una biblioteca llena de libros de colores y desapareció. La memoria se le tornó confusa y en ella se desdibujaron manos agarrando palomas, zapatos rojos sobre baldosas amarillas, canciones de corro, amantes besándose frente a las acacias, la revelación de una noche de máscaras, los abrazos en un salón de fotografías, e incluso ella haciendo el amor bajo una encina incandescente desapareció por completo.

Lo único que no desapareció fue el hombre y quiso ser aquel hombre, y dormir a su lado, y no volver a ver al hombre enfadado.

Aún ladraban algunos perros, (que si hubiera sido antes ella hubiera imaginado también azules) cuando se

dirigió a la cama junto al hombre. Lo miró como respiraba tranquilo y diminuto entre las sábanas, se tendió a su lado y se convirtió en él. Eran las dos de una noche cálida de verano cuando la mujer murió. Nunca sabremos lo que le dijo el viento entre los rosales de su ventana.





---

## **JOAQUÍN COPEIRO**

### *la cumbre del espiro*

#### I

Ten por seguro que, si llegas al final de esta historia, morirás.

#### II

Sólo cuando el agua del grifo cae sobre tu cabeza, la conciencia de ti mismo comienza a aposentarse en tu cuerpo, desde arriba, cabeza adentro, en rostro, traquea, estómago, brazos y piernas, en manos también, y los ojos dejan de dolerte. Controlas al fin los pies y logras, ya sin problemas, situarte frente al espejo, masajearte

la cabeza con la toalla y peinarte hasta sentirte recién nacido. Sonríes a tu propia imagen reflejada, terminas de vestirte y te preparas un buen tazón de café con leche y pan con aceite y sal. En media docena de tragos y unos pocos bocados, das cuenta de todo. Lavas al chorro la taza y recoges las migas y los diminutos cristales de sal, que siempre me lo decía el abuelo, que tuviera cuidado con la sal, ten cuidado, niña, me decía, no te pase lo que a Cristo, que por verter sal en la Última Cena, ya ves la muerte que se le acarreó, que lloró sangre de tanto dolor, las migas y los cristales, indicios de tu desayuno sobre la encimera. Frutos secos, algo de embutido, pan de sandwich, un poco de fruta, una navajita multiuso y agua mineral recuperan la función primordial de tu mochila. Pertrechado con tabardo, mochila y saco de dormir, ganas la calle pensando en otra vida.

### III

El monte Espiro ha constituido tu obsesión desde que te instalaste en la isla. Preside la vida de sus habitantes y reclama la atención de los turistas que, desde los más alejados rincones de la Tierra, desembarcan en el exiguo puerto para visitar las cuevas del monte, hacerse unas fotos entre las chumberas de su falda y largarse de nuevo con viento fresco. Así llegaste tú, como un turista más; pero, jubilado, con buena salud y sin más familia

que tu propio yo, decidiste afincarte en aquel lugar y asistir plácidamente al envejecimiento de tus neuronas. Enseguida trabaste amistad con los lugareños, que desde entonces te proveen de todo cuanto requiere tu afán de vivir tranquilo, e incluso has constatado feliz, una y otra vez, que en el local del Noruego pueden garantizarte, con razonable diligencia, los libros que deseas releer, la música que quieres volver a escuchar y los cuadernos y bolígrafos que te facilitan la tarea de retener tus elucubraciones matutinas o crepusculares. Desde que pusiste los pies en la isla, se te antojó que aquel monte era el enlace mágico que unía la belleza telúrica del paraje -su pueblecito blanco, sus calas, sus acantilados, sus cuevas, la hermosa anatomía de sus gentes, la limpieza de sus miradas- y el misterio del Universo. Y cada vez que tu vista discurre monte arriba, y cuando se detiene ante la corona de nubes que rodea la cumbre, te sobrecojes extasiado, absorto en el misterio intuido y de tan intensa atracción, y al mismo tiempo impotente para vislumbrar siquiera qué hay al otro lado de la frontera nubosa.

#### IV

Las nubes del Espiro resultan perennes y opacas, y ni los más viejos del lugar recuerdan que el mundo haya sido alguna vez de otra manera: siempre las nubes ocul-

tando la cumbre y disuadiendo a cualquiera de aventurarse a escalar hasta ella. A lo largo de los siglos, las leyendas han proliferado, o lo han hecho en realidad diferentes versiones de una misma leyenda cuyas señas de identidad pasan por la valentía e intrepidez, trocadas en imprudencia, de alguno, y la misteriosa, y trágica con seguridad, desaparición del susodicho. El Espiro se yergue, pues, como una presencia inconmensurable y de origen desconocido que, sobre todo, inspira un respeto profundo e inviolable a los nativos. Por eso muy pocos se han atrevido, o no se recuerda en la aldea que alguien lo haya intentado jamás con éxito, a escalarlo hasta su cumbre.

Pero tú no eres de la tierra, y las leyendas que has escuchado en torno al monte te han parecido siempre literatura popular de tradición oral, que decían los manuales de bachillerato. Es verdad que te ha llevado tiempo tomar la decisión de subir a la cumbre del Espiro, porque durante algunos años te has entretenido en meditar con tus libros y tu música, y en trabar amistad con la gente que te quiere y te respeta como al extranjero que prefiere su isla frente a cualquier otro lugar del mundo.

## V

Ya únicamente Venus brilla por el Este en el firmamento que clarea. Pero las callejas están solitarias porque los

habitantes de la isla no madrugan. La prisa está desterrada de aquel lugar y la gente se mueve al compás del océano, que, en aquellas latitudes, suele respirar tranquilo como una perra satisfecha. Has salido de la aldea y sólo te has cruzado con un gato de cola enhiesta y andar felino, aunque si camina de derecha a izquierda, o sea, decía mi abuelo, como los automóviles que tienen preferencia y a los que hay que cederles el paso, malo entonces, fatídico, calamitoso, nefasto. Pero con nadie más: ¡mejor así! Si no vuelves, habrás desaparecido mágicamente y ocuparás, desde luego, un lugar en las leyendas de la isla, que se acrecentarán contigo; si vuelves al cabo, lo harás como por ensalmo, por magia también, y la noticia de tu aparición correrá de boca en boca hasta ganar asimismo con el tiempo un puesto de primer orden entre esas mismas leyendas, pero tendrás que morir antes para que tal cosa suceda.

A cien metros de las últimas casas, te detienes y miras atrás: blanco el pueblo y el mar azul, no existe el mundo más allá del horizonte, no hay pasado, el futuro se ha borrado de improviso y a tu espalda te espera el Espiro como un dios desconocido, como una odisea, igual que un agujero negro.

## VI

La bruma te envuelve de manera que apenas si distin-

gues la punta de tus pies. Es una bruma húmeda y tan espesa, que se torna sólida y disuasoria. Te detienes, pues, paralizado, oyendo tus propios latidos como sientes el contacto de tu mochila. Aquel silencio blanco y frío te turba por momentos. Dudas entre proseguir o dar marcha atrás. Cuando temes haber perdido el camino de vuelta a la aldea, una ráfaga de viento remueve la bruma a tu alrededor y te haces con una rama de abeto resistente y larga que en adelante utilizarás como báculo de ciego para tentar el terreno.

El viento sopla de nuevo en ráfagas cortas y suaves, pero que se bastan para remover la bruma y abrir pequeños claros en el suelo que te animan a aventurar cuesta arriba el báculo y tus pasos. Y aunque es firme el tesón de aquella espesura de vapor, blanca y misteriosa como una noche oscura, lo es más el tuyo, contumaz incluso, por proseguir con la escalada.

Cuando vislumbras por fin el azul del cielo, estás roto, agotado y la asfixia te escuece en el pecho y la garganta; pero te congratulas de haber atravesado la nube de varias horas de grosor: el misterio blanco se rezaga, queda a tus pies y la cumbre del Espiro, aún lejana, te sonríe como una diosa que se te entregara cálida y amante. Pero no alcanzas a ver el mar desde tu altura.

## VII

Una roca con musgo amarillento te sirve de poyete. No

me gusta el amarillo, ni a mi abuelo tampoco le gustaba, y si mi abuela se atildaba con aquel pañuelo amarillo dorado con que a veces se cubría la garganta, porque la tengo muy sensible, hija, y esta seda, tan suave, me preserva del frío, el pobre mío gruñía y terminaba por no dar pie con bola tras el mostrador, incluso con algún que otro vaso roto. Sentado, bebes agua fresca y comes almendras y anacardos. Te tumbas en la roca y tu sangre renueva su circulación: los pulmones atemperan su agitación, la garganta se relaja y los músculos de las piernas dejan de dolerte. Mentira te parece, pero han transcurrido ya varias horas desde que saliste de la aldea. No lo sabes por el reloj, que insólitamente has olvidado esta mañana. Sin embargo, el sol ha superado tu cenit y camina cuesta abajo. Es como si se hubiera producido un salto en el tiempo, tu vida saltando varias horas adelante, tiempo borrado de tu vida por una espuma blanca de vapor de agua. Además, tu estómago reclama tu atención: desea comer más, matar el hambre que arrecia como un dolor de muela. Y comes de nuevo sándwiches, manzanas troceadas con tu navajita multiuso.

## VIII

El siguiente salto en el tiempo te encarama en la cumbre del Espiro. Tu cansancio es infinito, como el de un mi-

nero tras doce horas picando la roca. El sol se ha escondido y vuelves a ver a Venus como cuando saliste de la aldea, pero ahora por el Oeste. Corona el monte una pequeña meseta y, a pesar del agotamiento que te tortura, recorres sus límites buscando el horizonte. Pero no alcanzas a ver el mar: no hay mar, oculto bajo la espuma blanca de las nubes. Y no hay luna, que has tenido buen cuidado en elegir la fecha: querías estar tú solo sobre el Espiro. Y estás solo, pues, sin luna y sin mar. Así es que diriges tus pasos al centro geométrico de la meseta, donde una acogedora concavidad se te ofrece como un regazo. Sueltas la mochila, el báculo, el saco de dormir, te acomodas en la concavidad y cenas para recuperarte del desfallecimiento que lacera tus fuerzas. Tu voracidad termina con todas las provisiones, como si no tuvieras que afrontar el descenso a la mañana siguiente. Oscurece con rapidez y el frío comienza a estremecerte. Embutido en el tabardo, te introduces en el saco y, poco a poco, el bienestar de saberte vivo te acuna, y el frío en el rostro, en imprescindible contraste con la calidez de tus entrañas, multiplica tu gozo: ¡vives y esperas las estrellas!

## IX

Inevitablemente, te sientes estrella, noche inmensa, constelaciones, galaxias, espacios infinitos de materia oscu-



ra. Definitivamente, te sientes Universo, imposible Universo sin principio ni fin, sin límites ni edad, que el tiempo es un espejismo, la evidencia de que la vida es; como el tronco que, flotando en las aguas de un río, recorriendo sus meandros, aquí y allí, no es sino indicio fidedigno de que el río fluye. El tiempo. Tu rostro ya no percibe el frío de la noche, porque no hace frío ya: abandonas el saco de dormir, te desprendes del tabardo, del jersey, de la camisa y de la camiseta; te quitas los pantalones de pana y te quedas únicamente con los calzoncillos del pudor que no logras superar. Así, como un nuevo Alonso Quijano, recorres descalzo la meseta una y otra vez en direcciones que el azar va dibujando, los brazos en cruz, mirando a las estrellas. El silencio del mar, que está tan lejos, es roto por un coro de búhos y lechuzas, que es lo peor, decía, y me da un vuelco el corazón cuando los oigo, aquí, y se golpeaba el pecho, se me aceleran los latidos y el pulso me golpea las sienas, niña. Al cabo, vacías de enseres la concavidad que te cobijaba y te tumbas boca arriba porque te sientes Universo, definitivamente Universo, y palpas tu vientre, tus brazos, tu pecho, ves tu carne con el temblor de tus dedos, y ves aquel clamor de estrellas que te reclaman, aquel amor de luz y oscuridad, y te sientes Universo porque estás viendo a Dios: ¡te sientes Dios porque estás viendo el Universo!

Un viejo adagio cierra tus ojos: ¡el que ve a Dios se muere!

X

¡Quien ve a Dios se muere! A través de la ventana, observé la ladera del Espiro y su corona de nubes. La nieta del Noruego retiró mi plato y me sirvió un coñac. Yo le pagué la comida y ella me entregó las llaves de la casa.

-Con el mes de fianza, son quinientos.

Yo le di el dinero, recogí las llaves, el equipaje y me dirigí emocionado hacia la casa donde había decidido pasar los próximos dos o tres años de mi vida. La casa estaba limpia, ordenada y aprovisionada con lo básico para empezar a funcionar. Pero el aire guardado entre sus muros no olía a cerrado, ni a provisiones, ni a detergente, ni a cera, ni a pueblo: olía a leyenda.

La siesta reparó mi cuerpo de viajero y me regaló una pesadilla entreverada de poesía, como una historia de Poe. Cuando me desperté, deshice el equipaje, me duché y me preparé un café con leche que me dotó de la lucidez suficiente para trabajar. Abrí el portátil y tecleé en él hasta la medianoche, a cien la página.

Ten por seguro que, si llegas al final de esta historia, morirás.

---

## **PACO MORATA**

miras por la ventana  
fuera mayo  
extiende su rumor anticipado  
por un aire africano en el que vuelan  
alergias y vencejos  
mientras cruza la calle una muchacha  
una mujer azul de tez oscura  
de ojos sorprendidos como un áspid  
el relieve de un beso troquelado en los labios  
el pelo recogido bajo un velo de seda  
con el que enreda el viento  
un hábito extranjero en el vestido  
un sello que la marca con un lacre de sangre extraña  
color extraño entre los viandantes

no habla la mujer no conocemos  
el culto de sus dioses  
si es que acaso los tiene  
los rostros que recita cada noche en su cama

las formas del paisaje donde ocurren sus sueños  
el polvo adonde quiere regresar por su entierro  
la tierra que quisiera fecundar con sus restos  
la espada de indigencia ángel de fuego  
que la echó de su casa su humilde paraíso  
el dolor de arrancarse de cuajo las raíces  
el frío del mar rojo que atravesó en la huida

no habla la mujer aún no hemos oído  
el acento sureño que levanta  
un muro de exclusión en torno de ella  
cuando aladas espinas se interponen  
entre su piel y el mundo las palabras

no habla la mujer y ya es distinta  
como una ficha vuelta encima de la mesa  
sólo con su pasar ha provocado  
un juicio sumarísimo sobre sus intenciones  
un recelo  
una alarma  
una amenaza  
el relumbre desnudo de una navaja al sol

el miedo inconsistente que agita la ignorancia

---

## JESÚS PINO

### I

Hoy he podado, Napa, los rosales...  
Bajo un sol de noviembre,  
primaveral y azul,  
he cortado los versos del jardín,  
los versos donde sueñan las abejas  
el ritmo del azúcar  
y el color de la miel.

He arrancado azucenas y dondiegos,  
hierbas altas, salvajes,  
de nombres ignorados,  
amarillentas malvarrosas secas,  
ortigas de agresivos escozores.  
Y está la tierra ahora,  
limpia y desnuda, Napa.

Un cúprico y anciano saltamontes  
saltó de la maleza  
despavorido y lento,  
como una tilde fósil, oxidada  
por las violentas lluvias del otoño,  
como el súbito espasmo  
de una vocal enferma.

¿ Y en qué invierno de fe, en qué esperanza  
de que la luz retornará  
de nuevo en primavera  
habremos de vivir, mientras el aire  
ocupa el hueco de las rosas,  
la memoria flotante  
de tu perfume, Napa?

Un invierno de fe... una nocturna  
debilidad del alma,  
un frío de color,  
un silencio de risas en los ojos...  
¡Abril, Napa, sólo creo en Abril,  
sólo creo en el nombre  
que apenas te contiene!

II

¡Cuántos amaneceres se han perdido  
mientras los sueños daban  
escenario a los rotos  
juguetes del deseo, impostura  
a las enfermedades del recuerdo,  
espacio a los fantasmas  
profundos de la sangre!

¡Cuántos amaneceres de luz rosa,  
de flotante agua azul  
y púrpuras livianos!  
¡Cuánta alquimia del aire conquistado  
a la escritura en negro del planeta,  
a la página negra  
de la noche y su embozo!

Mientras yo duermo, Napa, tú construyes  
la claridad, la seda  
del color, la frescura  
de los plurales verdes del jardín,  
los amarillos mates de las cañas,  
los ocres de la yedra,  
los blancos de la cal...

Mientras yo duermo, Napa, restituyes  
el tordo en la alambrada

y entre la madreSelva  
el guirigay infantil de los gorriones,  
la urraca en el umbral de la leñera,  
los vencejos muy altos  
sobre las viejas torres...

... para que al despertar se corresponda  
todo con el primer  
misterio de tu nombre,  
con las primeras risas de tus manos  
llevándome al asombro repetido  
de volver a sentirte  
amor que se respira.

### III

Es la penumbra del zaguán...¿recuerdas?,  
y el patio con columnas  
abierto al sol de abril...  
(Ser niño fue inmortal memoria tuya.)  
Los geranios, las lluvias, las abejas,  
el temblor de los truenos,  
los duendes del rosal...

Para ser niño, Napa, me añoraste  
junto a una bicicleta  
y un monstruo en cada cueva,  
una voz escondida en la pared,



las uñas presentidas de la noche,  
y un invisible miedo  
debajo de mi cama.

Y fue todo verdad mientras el niño  
era asombro, sin muros,  
del sueño y la vigilia.  
Eran verdad el aire y sus fantasmas,  
el fuego y sus arroyos de amapolas,  
el agua y sus canciones,  
la piedra y sus caricias.

Todo cuanto precisa la inocencia  
para elegir tu olvido  
o tu mirada, para  
montar contigo en bicicleta, para  
cortar los dedos a las noches, para  
mirar al miedo cuando  
la luna copia al lobo;

o para ser madera humedecida,  
fragmento de metal,  
fósil de mariposa,  
terriblemente mudo, sordo, ciego  
al torbellino, Napa, de tu voz,  
de tus labios besando  
los labios del milagro.

---

## **RAFAEL J. PASCUAL**

### *el vuelo de las golondrinas*

*Para Teresa, que se me apareció en un sueño.*

No recuerdo exactamente el día en que llegamos. El preámbulo de nuestra estancia allí permanece confuso y prácticamente enterrado en la neblina de mi memoria. Pero lo que sí puedo asegurar es que llevábamos varios días alojados en aquel hotel de la ciudad costera, intentando disfrutar de la maravillosa soledad que garantiza el anonimato, cuando coincidimos con los viejos amigos de mi editor. Y el anonimato se fue al garete, y con él la ansiada soledad se vio en peligro de defunción.

Se hospedaban casualmente en nuestro hotel, un magnífico alojamiento construido en estilo internacional y situado sobre el puerto, en la parte más alta de la ciudad. El mayor de los varones parecía ser quien realmente detentaba la amistad con mi editor, y aunque a

todos nosotros se nos suponía aquella estancia como la materialización de un muy merecido descanso, las contadas ocasiones en que nos juntamos para tomar una copa y charlar se nos fueron en inevitables intercambios de ideas, proyectos profesionales y propuestas, que solían partir de la iniciativa del mencionado sujeto, pero a los que yo me sumaba, finalmente, con mal disimulado interés.

A pesar de todo, trataba siempre de alejar la sombra del trabajo de nuestros encuentros, en un intento de salvar a Teresa y al resto de tertulios de aquellas conversaciones en las que poco o nada podían intervenir. Aunque no lo conseguí a menudo, recuerdo una ocasión realmente agradable en que tomé la iniciativa desde el principio, orientando la conversación hacia el análisis de los motivos que nos habían llevado a todos a seleccionar aquel espléndido lugar de descanso. Las exquisiteces y bellezas de la ciudad que nos acogía fueron loadas por doquier, merced a un público que ansiaba cambiar de registro conversacional.

Fue así como se manifestaron las intenciones de ambas partes -del grupo de amigos, por un lado, y de Teresa y mías, por otro- de emplear el corto período vacacional que disfrutábamos de la mejor manera posible. Por su parte, entraba en el marco de los objetivos propuestos la lucha por la diversión y el descanso compar-

tidos: un pequeño grupo de amigos llamados a pasar juntos el verano en una ciudad con puerto y playa, perdiendo sus sentidos en el bullicio y la algarabía y compartiendo con las masas su búsqueda de ocio y entretenimiento estival. Por la nuestra, la marcha a aquellas latitudes se había motivado por la necesidad de alejarse precisamente del jaleo, recurriendo para ello a la otra cara amable, tranquila y sosegante, de la ciudad costera.

Debo decir que, aunque nuestro objetivo primerizo era prescindir así del mundanal ruido y lograr un espacio sano y propio para la reflexión, me resultaba estimable la compañía de aquellas personas, y no echaba tan en falta nuestra pretendida e inicial soledad. Casi diría que habían supuesto una especie de bienvenido paréntesis en nuestra programada huida. El rostro de Teresa, amable y solícito en principio, transmitía otro mensaje que yo comprendía muy bien. Y sin embargo resultaba agradable el calor de aquellas conversaciones, hiladas en los sillones de mimbre forrados en blanco, alrededor de una mesita baja, todo bañado en la matizada luz solar por gracia de largas cortinas blancas, replegables, que vestían los ventanales de los pasillos de nuestro hotel. Al menos hasta que la conversación derivaba hacia los comentarios inevitables del ser humano sobre las cosas más mundanas, prosaicas y elementales que mis oídos difícilmente pueden tolerar y perdonar a veces.



Sucedió que, mientras nuestras salidas particulares por la ciudad -de Teresa y mías- buscaban y localizaban los rincones más íntimos y verdaderos, escondidos y alejados de la práctica común del turismo y los residentes, aquellas que compartíamos con nuestro nuevo grupo de amigos tendían a la integración total con las vivencias de foráneos y nativos. Con ellas nos circunscribíamos, así, a las maneras y usos de una colectividad que no habíamos buscado nunca, en detrimento de un hilo particular que tiraba de nosotros con otra fuerza. En un lugar donde las manifestaciones festivas se hacían costumbre ancestral e insoslayable para el reconocimiento de la identidad ciudadana, nuestra primera intención de pasar desapercibidos, y figurar apenas como dos sombras buscando una niebla que les cobije en otra dimensión, se hacía añicos en el seno de un grupo que no me desagradaba, pero al que no pertenecíamos.

En aquellos días, coincidiendo con la celebración de las festividades locales, se daban en la calle numerosas actuaciones -improvisadas o no- a las que la gente se sumaba con desigual pero sincera efusión. En los espacios aterrazados de nuestro hotel -amplios y visualmente cómodos para muchas de aquellas actividades- se daban esporádicamente manifestaciones de la cultura popular con el beneplácito de la dirección. Resultaba curioso asistir a la gestación de alguno de aque-

llos números por lo que tenían de absoluta sinceridad en el momento de iniciarse. Eran constantes las actuaciones de bailarines locales, de valía y gesto reconocido, que por el puro placer de expresar mediante el baile su esperanza en un futuro incierto, agrupaban a sus colaboradores en un instante y principiaban una coreografía inesperada y perfecta, sin duda ensayada anteriormente muchas veces.

Las miradas de todos iban y venían, regocijándose en aquella orgía de acrobacias ágiles y graciosas que se regalaban a sí mismos aquellos danzantes: miradas y gestos inocentes, soñadores de un tiempo de eterna camaradería invertido en la indolencia acunada de días lentos y comunes. Aquel era, sin duda, uno de los gritos de la vida, de quienes reclaman su derecho a vivir salvajemente desmarcados de una reflexión que aún no les pesa. Y los demás, aquellos a los que el acontecer de otra revelación nos ha tocado, les mirábamos anhelantes de vivir el mundo como ellos, de compartir un sentimiento que hemos ahogado en la conciencia.

Yo sonreía, pegado a la pared inerte, observando sus juegos, piruetas y demostraciones, deseando identificarme con su alegría y su presente, pero significativamente inmóvil en el lecho frío de la piedra. Un inexplicable impulso, una quemazón extraña, me pedía que me uniese a ellos. Algo en mí ansiaba tomar parte en esa

danza. Pero otras voces, otras evidencias, me obligaban a permanecer ajeno, en el papel distante de un espectador que no puede formar parte de algo que no le pertenece. Y así era por más que luchase contra semejante verdad: yo no pertenecía a ese espacio ni a la esfera de aquel tiempo vital que perseguía. Mi esperanza no estaba en seguir gritando que era parte de la dinámica de un mundo global y disparado, sino en comprender y aceptar otro puesto diferente entre sus filas. No es fácil, sin embargo, dar ese paso adelante cuando las dudas y la resistencia siguen clavándose en el ánimo de quien se niega a decantarse.

Teresa estaba allí también, apoyada en el muro frente a ellos, observando igual el espectáculo ante sus ojos. Pero yo no podía verle el rostro. Me era imposible adivinarle el gesto. Tras aquellas figuras danzando y moviéndose en la plaza, interrumpiéndome su visión a cada instante, era incapaz de adivinar su silueta, su figura contra el muro, observando y esperando como los demás.

Entonces comenzó a llover: una tormenta caprichosa de verano que rompía la claridad de la tarde. La lluvia se hizo fuerte enseguida. Comenzó a oírse sobre las losas de piedra en el suelo, y el cielo se oscureció. Nadie parecía darse cuenta, y la inocencia siguió haciendo gala de sus adeptos en aquella turba que desafía-



ba el tiempo y la memoria. Pero yo pude ver, pese al gentío y la lluvia, cómo Teresa se separaba de nosotros y daba media vuelta, escapando de la plaza. Escapaba, en fin, del mundo, de la gente que nos rodeaba, de la estampa que no nos correspondía, con el cuerpo pegado a las paredes, protegiéndose bajo el alero de los tejados que burlaban el agua. Huía de la falsedad de un tiempo que no nos era propio, del argumento fácil de quien se empeña en lo imposible, mientras yo lo hacía de la evidencia. Huíamos así en direcciones opuestas y la lluvia nos separaría para siempre.

Me despegué de la pared al tiempo que la gente comenzaba a dispersarse. Lejos, en la línea del mar divisible desde nuestro emplazamiento, se veía la claridad del cielo tras las nubes altas de la tormenta de verano. Parecía seguro que después de la lluvia volvería a derramarse la bendita luz del sol, y la gente debió convenir la necesidad de recibirla en otro lugar, por lo que todos comenzaron a dirigir sus pasos calle abajo, hacia la playa y el puerto.

Era fácil, en aquella ciudad de techos altos y cornisas exageradas y salientes, resguardarse del agua mientras se avanzaba por las calles. Casi diseñada para ello, bajo la tormenta torrencial, daba abrigo al caminante que busca su destino. Mis pasos siguieron sin vacilar los de Teresa: su figura adelantada en la calle que la

alejaba de la plaza. En aquel derrotero sin destino conocido estaba la clave de nuestras vidas: una decisión que nos conducía por senderos sin retorno. Era ella quien se separaba del mundo, pero yo la seguía, alejando mis pasos de quienes había dejado atrás.

Avanzamos por las calles empapadas, resguardados por la amable custodia de los tejadillos y aleros que nos protegían. Algunas gotas de agua me alcanzaban de vez en cuando, pero no importaba. Tampoco le importaba a Teresa -siempre varios metros por delante de mí- sin que pareciera darse cuenta de que yo la seguía, sin mirar hacia atrás siquiera un instante. Mientras caminaba tras ella, perdiendo a veces su visión debido a la mayor intensidad de la lluvia o al recodo malintencionado de una calle que nos obligaba a separarnos, pensé en los motivos por los cuales permanecía en aquel limbo, a poca y gran distancia al mismo tiempo y sin esforzarme en llegar nunca. Aquel camino de transición me llevaría a la renuncia y sanción de las más grandes cosas de mi vida, y mientras los pasos me conducían firme tras Teresa, aquellos otros en mi mente seguían tan rápido como estos, pero quizás más confusos. Y no obstante seguía avanzando sin que nada me detuviese; la lluvia o el miedo.

Al fin llegamos a la conocida como Plaza de las Flores. Los floristas habían cubierto sus puestos con plás-

ticos y cubiertas móviles de caña, para evitar los efectos del agua sobre sus flores bajo el cielo grisáceo de la plaza. Allí, lejos de la protección de las calles, con sus recovecos y esquinas discretas, una inexplicable prudencia, un cierto miedo, me obligó a refugiarme sutilmente tras cada elemento que el destino ponía a mi alcance. Pero ella seguía avanzando entre los puestos de flores con la prestancia de quien desafía la lluvia, la gente y el espacio por el que transita. Atravesaba la hermosa plaza alzada en madera y piedra sin echar la vista atrás. Mi precaución resultaba innecesaria y vacía: era, como siempre, libre de hacer mi elección.

La lluvia había cedido gentilmente, como si al paso decidido de Teresa se hubiese sancionado el cambio preciso del tiempo. Apenas unas ligeras gotas caían ya y un sol espléndido hizo aparición sobre nosotros. Como el vaticinio esperado, una bandada de golondrinas atravesó esperanzadoramente el cielo. Pareció que la vida entera volvía a respirar, haciéndose un hueco en nuestras almas. Los colores espléndidos del lugar, con sus flores a punto de descubrirse y los reflejos de la luz sobre el agua retenida en el suelo, volvieron a iluminar el espacio de la ciudad callada, y nuevas voces y presencias surgieron lentamente a nuestro alrededor.

Crucé la plaza desde mi posición, sin reparar apenas en los charcos de agua dignos de rostro, o en las

flores que quedaban, rezagadas y prometedoras, a ambos lados. Al llegar al otro extremo, donde la plaza se despide, la alcancé. Me situé a su paso y me atreví a tomar su mano, mientras dibujaba una gran sonrisa dedicada exclusivamente a ella. Afianzó mi mano en la suya y devolviéndome su sonrisa eterna y maravillosa, síntesis de todo cuanto teníamos que decirnos, seguimos andando con la vista al frente, reconociéndonos de vez en cuando el uno junto al otro, mientras dejábamos aquel lugar y sus gentes atrás, para perdernos por calles de piedra y regios portales en hoja de madera, acompañados de la luz de la tarde nueva sobre nosotros.

---

## **VALÉRIE CHRIST**

### *el camino provenzal*

El coche subía por el camino de tierra y gravilla que tantas veces había recorrido de niña. Podría haber conducido con los ojos cerrados. Conocía de memoria cada tramo, cada curva, cada socavón que, a pesar del tiempo transcurrido, seguían allí. Era uno de esos caminos estrechos y curvados en los que cualquier conductor reza por no encontrarse con otro vehículo de frente. Por fortuna no solía haber mucho tráfico por esos parajes y ya seguramente ninguno, desde que nadie habitara la casa del final del camino.

Valentine había bajado la ventanilla del coche para disfrutar de los olores que desprendían los arbustos y la lavanda salvaje al borde del camino. Era un bonito día de principios de junio y el sol calentaba su cara y su

corazón. ¡Cuántos recuerdos le venían a la mente! Se sentía muy emocionada y triste a la vez. En realidad no sabía muy bien lo que le aguardaba.

Quiso venir sola. No aceptó que nadie la acompañara porque quería que su reencuentro fuera íntimo.

Hacia un mes exactamente que un notario de Aubagne, municipio cercano a Marsella, le había notificado la existencia de un escrito que formaba parte de una cláusula del testamento de sus abuelos y requería su presencia para lectura. Se sorprendió mucho ya que éstos habían fallecidos hacía muchos años. Su herencia se quedó repartida entre los herederos pero algo había chocado a los miembros de la familia: la casa de verano -¡Ma Provence!- no podía venderse ni ser habitada. Se haría saber a su debido momento lo que ocurriría con ella.

Y ese momento había llegado, con motivo del cuadragésimo quinto cumpleaños de Valentine, ¡una rubia todoterreno! como solía llamarla un buen amigo suyo, enamorada de su tierra provenzal y muy nostálgica desde que la dejara veinte años atrás.

Se presentó entonces a su cita con el notario y se quedó atónita cuando éste le comunicó, que según la voluntad de sus abuelos, podía disponer de la casa ¡Ma Provence! ya que acababa de cumplir cuarenta y cinco años, única

condición para el disfrute de este bien. Por primera vez desde su cumpleaños, este fastidioso número se convirtió en número de la suerte. No daba crédito a las palabras del notario. Se le llenaron los ojos de lágrimas de felicidad, agradecimiento y afecto. Cuando recobró la compostura, el notario le entregó una carta junto con las llaves de la casa.

Aminoró la marcha después de la última curva y detuvo el coche. Delante de ella se levantaba la alta verja de hierro, invadida en su mayor parte por hierbas trepadoras que pretendían apoderarse de ella. La emoción crecía en el corazón de Valentine. Bajó del coche despacio y se acercó a la verja. Muchas veces su chirrido al abrirse la había asustado, pero ahora le encantaría volver a oírlo. Introdujo la llave en la cerradura oxidada y tuvo que luchar para que ésta cediera. Empujó con fuerza y las trepadoras empezaron a desgarrarse, liberando así los batientes de la verja. Un profundo chirrido salió de las bisagras de hierro y Valentine sonrió. Se preguntaba cómo un sonido tan familiar podía haberla asustado de pequeña.

Decidió meter el coche y volvió a cerrar la verja detrás de ella. Sin embargo recorrería el camino hasta la casa andando. Empezó a caminar lentamente, atenta a los olores, a los ruidos y a cada detalle que le ofrecía el paisaje. Todo seguía igual. Las matas de margaritas que forma-

ban enormes bolas todavía estaban frondosas y daban flores. El caminito de lavandas se había rebelado un poco y había perdido su rectitud para acabar bailando aquí y allá, y las mimosas, tanto tiempo sin poda, arrastraban sus brazos por el suelo pero seguían regalando la fragancia de su infancia.

¡Dios mío, estoy en casa! pensó Valentine y gritó a quien la oyera: ¡He vuelto! Entonces se puso a correr por el camino con los brazos levantados para abarcar todo el paisaje y quedarse envuelta en él. Hasta que paró en seco, detenida por la aparición de la imponente casa que se levantaba majestuosa frente a ella. A primera vista le pareció más pequeña que en sus recuerdos y sobre todo más deteriorada. El color ocre de la fachada apenas se apreciaba y las contraventanas de madera se desprendían a trozos de su pintura oliva.

Se quedó un buen rato mirando la casa desde fuera y recorrió el jardín varias veces. Tocaba los árboles, reconociendo cada uno de ellos y recordando las veces en las que había trepado al cerezo para llenar un cesto de increíbles cerezas mofletudas y negras; ¡y todas las que se había comido, tumbada en una rama! Dio la vuelta a la casa y se encontró con el enorme barreño de zinc donde su abuelo almacenaba agua para regar algunas plantas. Sólo había que meter la regadera dentro para llenarla. Pero a Valentine, lo que más le gustaba era mo-



jarse los brazos y las piernas; nunca se atrevió a meterse entera por miedo a que la regañaran. El agua siempre estaba fresca y en verano era un verdadero placer. Ahora estaba vacío y lleno de hojas, pero seguía debajo del grifo, que ya no echaba agua. Siguió su paseo por debajo de la higuera y allí se paró un momento para recordar la mermelada de higos que preparaba su abuela, luego arrancó un ramillete de tomillo y lo acercó a su nariz, cerrando los ojos para impregnarse de su olor. Entonces pensó que ya podía entrar en la casa.

Pero antes de hacerlo, se sentó un instante en el banquito de hierro donde solía descansar su abuelo después de trabajar en el jardín. Allí le recordaba sentado, cansado, sacando un gigantesco pañuelo del bolsillo de su pantalón y secándose la cara y la calva con Él. Luego hacía un nudo en cada extremo del pañuelo y se lo colocaba en la cabeza para protegerse del sol. Y al ratito solía aparecer una niña que al mismo tiempo que daba fuertes palmadas gritaba: ¡Abuelito, vamos a comer!. Antoine estaba sordo de un oído pero siempre reaccionaba a la llamada de alguno de sus nietos. Al recordar su rostro redondo, blandito, Valentine sonreía porque era el rostro de la bondad y el afecto. ¡Cuánto le había querido y por tantos motivos! Tenía una memoria prodigiosa, sabía explicar la historia y contar anécdotas como nadie. Todos sus relatos eran auténticos, experiencias vividas, tristes o divertidas, su risa contagiosa, sus ma-

nos grandes y protectoras donde Valentine deslizaba las suyas cuando iban de paseo .

Pero de repente, volvió a la realidad y sacó la llave del bolsillo de sus vaqueros. Se acercó a la puerta y casi sin esfuerzo la abrió. Se adentró en la casa guiada por su memoria y llegó a la cocina-comedor donde perduraba el olor a chimenea. Empujó las contraventanas y el sol invadió la habitación como en una explosión. De repente, salpicados por los cálidos rayos, las paredes, los muebles, los objetos recobraron vida y color. Valentine soltó un grito de emoción, sin querer. Todo estaba en su sitio; eso sí, algo polvoriento pero ordenado. Nadie había tocado nada. Era sorprendente comprobar que la voluntad de sus abuelos se había respetado. No lo habría creído de no verlo con sus propios ojos.

La vieja mesa de madera seguía en medio de la habitación con sus ocho sillas alrededor. El abuelo nunca quiso cambiarla porque la había hecho él y tenía que ¡durar toda la vida! El aparador que la acompañaba estaba un poco cojo pero se mantenía en pie con su vajilla, vasos, copas, cubiertos y demás cacharros propios del menaje.

Valentine acarició la mesa con la mirada y se sentó frente al ventanal. Cerró los ojos y a sus oídos acudieron lejanos gritos de niños, algún sonido de acordeón, unas

risas; y a su nariz llegaron olores a hierbabuena , a buñuelos de queso, a café con leche y pan tostado.

Su corazón se desbordaba de alegría y nostalgia. Entonces se acordó de la carta que el notario le había entregado junto con las llaves de la propiedad. La tenía guardada en el bolsillo de la amplia camisa azul de lino que llevaba. Estaba algo arrugada, así que la puso sobre la mesa y empezó a alisarla con la palma de la mano, despacio, con cuidado, acariciándola. Por fin respiró hondo y se puso a leer.

La letra era la de su abuela: redonda, clara, como de una niña pequeña; su abuelo, él, ya no podía escribir correctamente por culpa de la artritis que le había deformado las manos, estas mismas manos que tantas cosas habían creado, arreglado, transformado.

Cuando terminó su lectura, Valentine tenía el rostro bañado en lágrimas. Comprendía de repente la amplitud de este regalo, no por el valor económico que pudiera tener sino por su incalculable precio de cariño y comprensión. Sus abuelos la habían entendido a través del amor y de la pasión que ella siempre había profesado a esta casa, por su alegría de encontrarse en ella y cuanto se había preocupado por el bienestar de sus habitantes. Había demostrado tanto apego a este lugar que sus abuelos pensaron que tal vez fuera la única persona que no

lo vendería y lo cuidaría, manteniendo vivos los recuerdos y momentos de felicidad en él vividos. La condición que pusieron fue simplemente la de darle tiempo a Valentine a alcanzar la estabilidad y madurez ya que fue, desde pequeña, una niña de ideas claras pero algo rebelde.

Se levantó al mismo tiempo que secaba sus ojos con el dorso de la mano izquierda, sujetando todavía en la derecha la carta que conservaría para siempre. Se sentía distinta, inmensamente feliz y dispuesta a cumplir con el deseo de sus abuelos que, en el fondo y desde pequeña, había sido el suyo. Recorrió por fin el resto de la casa y a cada puerta que abría su corazón se aceleraba. Terminó el recorrido en la habitación de arriba que todos llamaban «La chambrette», donde los niños solían dormir la siesta durante el caluroso verano. Allí, a parte de las camas, se amontonaban viejos baúles, maletitas para sombreros, recuerdos de Túnez y mil y un objetos con los que los niños jugaban en vez de dormir. Para ellos era la caverna de Ali Baba.

Valentine cogió los prismáticos dorados de su madre que colgaban de la pared y con los que había jugado tantas veces. Miró a través de ellos, primero por el lado «de lejos» y entonces revivió momentos muy felices de las comidas alegres con todos los miembros de su familia: padres, hermanos, abuelos, tíos, primos... Luego miró

por el lado «de cerca» y allí se asomaron rostros amados más jóvenes, su propia familia: su marido y sus hijas pero también junto a ellos otros seres queridos que seguían formando parte del clan. Este era el lado que tenía que perdurar ya que con él seguiría existiendo el anterior. El presente y las alegrías venideras eran lo que importaba realmente.

Dejó los prismáticos en su sitio, salió despacito de la habitación y se encaminó hacia fuera. Dejó puertas y ventanas abiertas y cruzó la verja para encontrarse en su camino provenzal, el que le había devuelto a sus raíces. Entonces cogió el móvil que llevaba colgado del cuello y levantándolo hacia el cielo buscó la mejor cobertura. Tenía que hacer una llamada muy esperada.

Marcó el número y al primer timbre oyó la grave y cálida voz de su marido. No podía contarle nada por la emoción, sólo le dijo:

«Os espero aquí. Esto es un sueño. ¡Por favor venid a pellizcarme!»

*Valdemorillo, 2009.*

---

## JESÚS MORATA

### *abelardo y eliseo*

El sueño de mi vida, los ahorros de mi vida y un préstamo con el que me hipotecué para el resto de mi vida, pero al fin la había conseguido, la casa de mis sueños. Algunos agoreros, amigos y familiares, me habían prevenido de lo inhóspito del lugar, lejos de la civilización, demasiado solitario, víboras en los montes cercanos, dificultad para acceder en coche...

Tardé un tiempo en convencer a Mónica. La tuve que llevar varias veces para que contemplara el paisaje que desde aquella casa se dominaba. El verdor de las encinas, la majestuosidad de los picachos que envolvían el valle y el rumor del río como una sonata perenne que invitaba a la relajación. ¡Verás que fresquitos pasaremos los veranos aquí, lejos del calor agobiante de la ciudad! Nuestro hijo aún era demasiado pequeño cuando

tomamos la decisión, Él no echaría nada de menos, tenía a sus padres que era lo único que necesitaba para estar bien.

Por fin, después de muchos papeleos, de obras interminables, de alguna discusión con el maestro alarife, pícaro lugareño, llegó el momento, nuestras primeras vacaciones en aquel lugar, disfrutando de la tranquilidad del paisaje y los tonificantes olores a lavanda y tomillo.

Recuerdo aquellos primeros días como los más dichosos. Sentía la alegría de haber convertido en realidad un gran sueño. Por las noches dormía como un bendito acurrucado por el croar de las ranas, el ulular de los búhos y el misterio de un sinfín de ruidos no identificados. Madrugaba para llenar los pulmones con el frescor del relente y daba largos paseos solitarios por aquellas veredas frondosas, dejando a Mónica durmiendo junto a nuestro hijo. Aunque suene a pedantería tengo que reconocer que aquello era lo más parecido a la felicidad que he conocido.

Fue en uno de aquellos paseos cuando descubrí la inquietante casa. Me llamó la atención la manera tan chapucera en que estaba construida, sobre todo, en contraste con las exigencias a que yo me vi sometido respecto a las reformas de la mía por la Concejalía de Urbanismo sobre materiales y acabados. Había que ser respetuosos con el medio ambiente. También me sorprendió no haberla descubierto antes, a pesar de estar cerca

na a la mía y en el entorno de uno de mis recorridos habituales. Era pequeña, con su tejado de uralita, aberrante infracción en aquel paraje, y sus ventanas de perfiles poco armoniosos y asimétricos entre si. Un pequeño grupo de gallináceas cacareando me avisó de que estaba habitada. Los más agoreros no podían imaginar el peligro que para la paz de mi espíritu aquella garita escondía en su interior.

Al poco, descubrí la figura encorvada de una anciana que me miraba sin pestañear y de manera tan fija que no tuve más remedio que acercarme a saludarla. Tenía un aspecto bonachón, con sus cabellos plateados y sus ojos grises. Nada de verrugas en la barbilla ni nariz de pico de buitres. No se me hubiera ocurrido pensar que tras ese apacible aspecto se escondiera una auténtica bruja. Insistió tanto que, con cierta aprensión, me avine a entrar en su choza a tomar un café con leche a pesar de que ya había desayunado.

El interior no desentonaba con el aspecto que la casa tenía por fuera. El aire estaba preñado de olores variopintos y desagradables: a carne rancia, a orines, a sudor humano y a excrementos de gallina. Las moscas se contaban por miles. Había pocos muebles y muy deteriorados por el uso: una mesa de camilla con tres sillas alrededor, desiguales en el diseño, una alacena, propia de un museo, habitada de platos y tazas desportillados, un fogón renegrido en una de las paredes y una cortina de jarapa raída, en un hueco que, seguramente,



daría paso a otras habitaciones.

La conversación entre la vieja y yo transcurrió forzada y en los términos habituales en estos casos, entre dos personas que no se conocían de nada. Qué mañana más fresquita, no se ven muchos forasteros por aquí, está bueno este café con leche (mentira cochina), y bueno señora, tengo que irme, hasta otro día. Ya estaba en el umbral, cuando una especie de rugido sonó detrás de la cortina y dejó mi corazón transido de inquietud y curiosidad.

Entonces no sabía por qué, pero ahora si lo sé, una loca atracción me llevaba a hacer todas las mañanas el recorrido que pasaba cerca de la vivienda de la anciana. Dos o tres días después volví a verla en la puerta de la casa echando de comer a las gallinas y los gansos. Otra vez el mismo saludo, la misma mirada curiosa y un verme sin querer tomando el mismo brebaje que ella llamaba café con leche. Mientras conversábamos, se percibían con claridad y, cada vez más fuertes, unos roncidos detrás de la cortina que me hacían caer en la cuenta de que lo del otro día no había sido una alucinación sonora. La anciana, al darse cuenta de que aquello llamaba mi atención, me explicó. Es Eliseo, mi hijo, que duerme hasta muy tarde. El pobrecito trabaja duro en el bosque por la noche. Aaaaah, dije yo, preguntándome extrañado en qué se podía trabajar en el bosque con semejante horario laboral. Que yo supiera, la naturaleza no precisaba aún de guardias jurados ni de serenos.

Al volver a casa, comenté con Mónica por primera vez lo de la vivienda misteriosa y sus extraños habitantes. Ella me escuchó distraída y sin darle importancia. Y es que aparentemente no la tenía. Despachó la conversación sugiriéndome que si tenía algún temor, con cambiar de ruta, problema resuelto. Pero yo, evidentemente, no le hice caso.

Una mañana conocí a Eliseo. Su figura se recortaba mastodóntica sobre la fachada de la casa y yo me acerqué con premura a presentarme a aquel individuo que solamente conocía por los brutales ronquidos que emitía. Conforme me aproximaba iba haciéndome a la idea de la deformidad de aquel hombre, ogro o trasgo. La desproporción de sus miembros, su cara irregular y una enorme joroba lo definían físicamente. Saludé y pregunté por su madre, de la cual aún desconocía el nombre. Él emitió algo parecido a un gruñido mientras sonreía y me miraba estúpidamente con unos turbadores ojos azules. No tardé en comprender que estaba delante de un retrasado mental. Viendo que la comunicación con aquel personaje era dificultosa, decidí seguir mi caminata rutinaria.

Inducido por la sensación de ser vigilado, al cabo de un rato, miré hacia atrás y comprobé sorprendido que Eliseo me seguía a una distancia prudente pero sin intentar ocultarse. La situación me estaba poniendo nervioso y decidí esperar para que me alcanzara. Sin embargo, cuando me detenía, Él también lo hacía, como

receloso. Ante aquella actitud, decidí acortar mi paseo ese día, aprovechando un atajo para volver a casa sin que mi imprevista escolta dejara de seguirme. Desde mi ventana lo vi después tomar el camino de regreso a la suya.

Me propuse no pasar más por la puerta de la pintoresca choza pero, absurdamente, al día siguiente volví a tomar el itinerario habitual y a encontrarme, sin proponérmelo, sentado en torno a la mesa camilla, charlando con la anciana y tomando el brebaje mañanero. Cuando me despedía, emergió la figura deforme de Eliseo de entre la cortina, al parecer dispuesto a seguirme como el día anterior. Sonrió y yo noté con extrañeza que su presencia no me desagradaba del todo. Aquel día me siguió más cerca y yo no acorté el paseo, ni tomé atajo alguno para llegar antes.

Durante los días siguientes se repitió el ritual de la visita y el paseo. La extraña criatura fue ganando confianza y acercándose más cada vez, hasta ponerse a mi altura. ¡Qué pena que no hablara!, pensaba yo, pues seguro que la conversación habría hecho más amenas las caminatas. Faltaban pocos días para terminar las vacaciones cuando decidí presentárselo a Mónica. Ella puso un indisimulado gesto de horror, a la vez que tapaba la cara de nuestro hijo, seguramente para protegerlo de innecesarias pesadillas. Pero si es inofensivo, le dije, cuando Eliseo se marchó, afeándole su actitud desconsiderada.

El verano siguiente, tuve que hacer notables esfuerzos disuasorios para convencer a Mónica de que viniera conmigo a nuestra casa del monte. Sus argumentos me parecieron inconsistentes. Que allí se aburría, tan alejada del mundanal ruido, que no estaba dispuesta a que nuestro hijo adquiriera costumbres de patán, que me había convertido en un ser egoísta que no pensaba en el bienestar de su familia Sólo pude convencerla con la promesa de que la segunda mitad de las vacaciones las pasaríamos en la playa, con sus padres, ¡menu-do panorama!

La visita a casa de Eliseo y la caminata subsiguiente pasaron de ser algo anecdótico para convertirse en el eje de mis vacaciones. Eliseo había perdido totalmente la timidez inicial y cada vez caminaba más cerca de mí, hasta el punto de que, a veces, rozaba con sus manazas mis muslos o mis glúteos en una caricia sutil. Al principio me mosqueaba pero, lo disculpaba creyendo que no lo hacía a propósito, aunque observara de soslayo una beatífica sonrisa en su rostro. Lo más extraño de todo es que ya no lo veía tan monstruoso como al principio, incluso apreciaba cierto atractivo en su deformidad.

Llegó el día de cumplir mi promesa vacacional pero puse mil excusas, reconozco que alguna de ellas ciertamente pueriles. Mónica se despidió de mala manera llevándose a nuestro hijo, y lanzándome una mirada fiera acompañada de exabruptos mientras se dirigía al taxi que la esperaba en la puerta para alejarla de mí para

siempre.

A pesar de todo, yo seguí siendo feliz en mi soledad. Aquellos paseos matutinos daban sentido a todo y apreciaba cada vez más las caricias de Eliseo y su sonrisa pícaro y bobalicona. Creo que para no sentirme tan solo, empecé a visitar más a menudo su casa y pasé largas horas charlando con la madre. Eliseo, que no habla pero lo entiende todo, escucha con interés, sentado en una mecedora de mimbre que le he regalado.

Hace dos madrugadas, entre las tres y las cuatro, una pesadilla me arrojó de la cama. Me miré al espejo y contemplé una cara pálida de angustias y desvelos, la mía. Inquieto, salí al exterior y empecé a andar por la vereda. Una luz extraña atrajo mi curiosidad. Podría haber sido una luciérnaga o un fuego fatuo, pero no, era la linterna de Eliseo. Vi como cortaba algunas matas con su hoz y las iba echando en un saco, del que salía un croar de sapos y ranas. Lo seguí con cuidado. Desde la ventana contemplé como la madre, que lo esperaba ansiosa, vertía el contenido de la saca en una olla para preparar el brebaje que al día siguiente yo bebería, sumiso, como si fuera un inocente café con leche. Después de realizar los correspondientes sortilegios, los dos, madre e hijo se amancebaron en una ceremonia de gestos obscenos e incestuosos que me llenaron de un estupor morboso, hasta que la anciana me descubrió y me invitó con un gesto seductor y autoritario a sumarme a aquella actividad lúbrica y repulsiva. Salí hacia mi casa echan-

do leches y dando arcadas, mientras me juraba que, cuando amaneciera, escaparía de aquel lugar diabólico.

A veces, echo de menos a Mónica y a mi hijo, pero sé que no voy a volver con ellos, ni siquiera cuando se acaben las vacaciones. Dicen que los inviernos son muy crudos en estos parajes. No sé si los soportaré, pero hay una fuerza desconocida que me obliga a quedarme. Siento mi voluntad castrada, a la vez que un espeluznante deseo de conocer los misterios de la vida que me ofrecen los brazos de esos seres extraños.

Es la hora de la siesta. Cuando termine de escribir esta especie de confesión o diario de vacaciones fregaré los platos. Imagino que vendrá a visitarme, como ayer, sin previo aviso, casi sin hacer ruido, y volveré a sentir sus gruesas y peludas manos en mis riñones. Entonces, como ayer, mi cuerpo, carne trémula y vencida, se rendirá sin remisión a la violencia de su verga anormal, porque mi mente hechizada e inermé sabe en el fondo de todo que no tengo escapatoria.

## *Índice*

	<i>pgs</i>
<i>Rafael J. Pascual</i>	3
<i>Andrés José Ortega</i>	18
<i>Inmaculada Gómez Vera</i>	24
<i>María José Vioque</i>	28
<i>Antonio Illán</i>	31
<i>Jesús Mateo Hernández</i>	34
<i>Jesús Díaz Hernández</i>	37
<i>Joaquín Carballido Parra</i>	45
<i>Francisco Javier Reija Melchor</i>	47
<i>Jose Blázquez</i>	50
<i>Vanessa Jiménez García</i>	55
<i>Joaquín Copeiro</i>	61
<i>Paco Morata</i>	71
<i>Jesús Pino</i>	73
<i>Rafael J. Pascual</i>	78
<i>Valérie Christ</i>	89
<i>Jesús Morata</i>	98







Copia digital realizada por el  
**Archivo Municipal de Toledo**

# PATROCINA



*Telefónica*